

Muy grato sería para mí en estos momentos hacer os una historia del desarrollo en España de la espectroquímica; recordar aquellas primeras satisfacciones sentidas por nosotros cuando al prestar nuestra colaboración al ingeniero Orueta, tuvimos la satisfacción de ser los primeros en tener la certeza de la existencia del Platino en Ronda; cuando más tarde nuestros entusiastas discípulos Piña y Catalán hacían sus primeros trabajos y descubrimientos; más grato aún me sería, tomando como punto de partida el modesto trabajo que acerca de los grupos complejos de líneas no seriales del Calcio hube de presentar en el Congreso de Oporto, poder llegar a explicar os lo que son los *multiplétes* y cómo su existencia es interpretada según las ideas modernas de Sommerfeld y Sandé; pero considero que es un deber de justicia dejar al autor que exponga su propia obra. Catalán no es un continuador de nadie; su trabajo es el de un creador, y por entenderlo así, yo os pido que perdonéis no me ocupe de estos asuntos, que él habrá de tratar mejor que yo pudiera hacerlo, en una de las conferencias que acerca de *la constitución del átomo* ha organizado el comité directivo de esta Sección, y me limite, en calidad de maestro gratamente superado por el discípulo, a pedir os para éste, y por anticipado, el primer aplauso de este Congreso.

Renunciando, por las razones expuestas, a hablar os de espectroscopia, me dirigí en busca de tema al otro género de preocupaciones científicas que consumen mi tiempo, cuales son las cuestiones relacionadas con la química de los complejos del Cromo. Al pensar en ello, vi que sí, en efecto, también había labor original de cierto interés, y discípulos cuya perseverancia les ha permitido obtener resultados interesantes en cuestiones difíciles que tampoco fueron acometidas por más sabios investigadores, la labor en sí era más propia de nota científica que de tema de discurso, y por ello decidí solicitar vuestra licencia para publicar en las Memorias de este Congreso los trabajos correspondientes.

Mas en la lentitud forzosa con que estos trabajos han sido desarrollados, y en las dificultades no escasas que ha sido preciso vencer para darles cima, hay causas que tienen estrecha relación con deficiencias de carácter general, y como ellas constituyen ahora quizás mi máxima preocupación, de aquéllas quiero hablar os, para con vuestro auxilio tratar de vencerlas.

* * *

Señores congresistas: los que por vez primera vengáis a Salamanca; vosotros, colegas portugueses, que tan excelentes laboratorios disfrutáis en vuestro bello país, quedaréis sorprendidos al ver cuán deficientes son las instalaciones químicas de esta histórica y famosa Universidad; análoga desagradable impresión recibiríais si visitaseis los laboratorios de la Facultad de Ciencias de la no menos histórica y famosa Universidad de Alcalá, hoy Universidad de Madrid.

Estoy seguro de que al punto preguntaréis: ¿acaso es que la Facultad de Ciencias no ha informado debidamente a los Gobiernos españoles de sus necesidades ante el progreso mundial?

¡Ah, señores! Rubor me causa siempre que hemos de mostrar nuestra casa a sabios extranjeros, cosa de algún tiempo a esta parte realizada, afortunadamente para nosotros, con alguna frecuencia; pero podéis creerme, que tal rubor no es el sonrojo del culpable, sino el pesar del patriota que pone de manifiesto ante los extraños la insensibilidad, frente a los problemas culturales del país, de los llamados a velar por el progreso científico y material de aquél.

Semejante rubor me llevaría a no hablar de este asunto, si yo considerara por algún momento que me hallaba ante extranjeros; pero no es así: vosotros, sabios portugueses, que venís a visitarnos, no sois jamás, no podéis ser extranjeros en España; vosotros sois hermanos nuestros, y del mismo modo que cuando se reúnen miembros de una misma familia mucho tiempo separados se cuentan sus mutuas vicisitudes y se prestan su mutuo apoyo, así yo, considerándoos en este punto como hermanos más afortunados, os quiero contar nuestra situación actual, para que no podáis creer nunca que hemos desertado de nuestros deberes más elementales.

II

La enseñanza de la Química en España, hasta momentos muy recientes, aparece caracterizada por el más absoluto desentendimiento hacia ella de los poderes públicos, y, como consecuencia, por la mezquindad de los medios materiales que durante mucho tiempo se le han dedicado, por el estancamiento de sus planes de enseñanza, y por la más desenfrenada anarquía en lo que se refiere a la organización y

conexión entre los diversos grados, aspectos y orientaciones de esta ciencia.

Pensar que la enseñanza de la Química ha sido considerada durante luengos años por nuestros Gobiernos como si se tratara de algo que no tuviera importancia alguna, produce tal sensación de asombro, que se duda si aquella actitud era el resultado de una suprema incultura o de la más execrable falta de patriotismo.

Si hubiera existido una intención deliberada de impedir la prosperidad del país, si hubieran gobernado nuestros mayores enemigos, no es creíble que hubieran llegado a proceder de un modo muy diferente.

Constantemente, el profesorado español, esperando siempre una ocasión propicia, que jamás llegaba, clamaba en vano contra tan pernicioso abandono: peticiones oficiales a los poderes públicos, artículos, conferencias, discursos—que todos reunidos acaso constituyan algún día una colección bibliográfica por demás interesante—, cayeron en el vacío.

Permitidme, señores congresistas, que de entre esta especial literatura desempolvo un viejo documento que considero de particular interés.

Se debe a la pluma de un ilustre y famoso catedrático de Análisis Químico, en la Facultad de Ciencias de Madrid, maestro de muchas generaciones de analistas españoles, y cuya excepcional competencia acaso recuerden aún algunos de los que me escuchen. Este eminente antecesor mío, en la misma cátedra que inmerecidamente hoy desempeño, era D. Magín Bonet.

Discípulo antiguo de Will en la Universidad de Giessen, hubo de publicar, traducida al castellano, aquella célebre *Clave de Will*, que tanto favor disfrutó con justicia entre los químicos españoles. La primera edición de este libro apareció en 1855 y la segunda en 1878.

Ambas ediciones van avaloradas por un excelente Postfacio del traductor, cuyos son los párrafos que yo os pido licencia para transcribir.

Decía mi insigne predecesor en su primera edición:

«Doloroso es decirlo, pero es la pura verdad, y preciso es que se confiese para que se trate de ponerle el correctivo oportuno. El atraso en la Química, que tanto se hace notar entre nosotros, no depende de los alumnos, no de la falta de disposición ni de aplicación de su parte, sino del mal sistema que hasta ahora se ha seguido en su enseñanza...

»¿Se pondrá el oportuno remedio a este mal en el nuevo plan de estudios que se está elaborando? ¿Tendremos al fin una escuela química española? ¿Suministrarán nuestras Universidades en lo sucesivo alumnos dignos de figurar al lado, no ya de los que arrojan las escuelas alemanas, sino las francesas o las italianas siquiera? Todo depende de que se adopten las disposiciones convenientes en el nuevo arreglo: basta que lo quieran los que en él intervienen, para que nuestros deseos se cumplan. El Gobierno actual, y las Cortes en su caso, estamos seguros de que por su parte no escasearán los recursos necesarios, cuando tan cuantiosas sumas se invierten en otros diversos ramos del servicio público. ¿Hay acaso alguno que sea más digno de llamar su atención que aquel sobre el cual se apoyan los indestructibles cimientos de las sociedades modernas, verdaderamente progresivas y civilizadoras?»

Y continúa así en la segunda edición:

«*Esto decíamos el verano de 1855.* Han transcurrido *veintitrés años*, y el estado de la enseñanza de la Química sigue absolutamente el mismo. Todas las naciones en este largo período han hecho progresos manifiestos. Francia ha mejorado sus laboratorios de una manera notable, atendiendo al desarrollo de la Química, lo propio que al de la Física, y fundándolos especiales para las investigaciones de estas dos ramas del saber. En Alemania, las mejoras en este punto han sido mucho mayores. El laboratorio del profesor A. W. Hoffman, de Berlín, ha servido de pauta para el establecimiento de otros en diversos puntos, siendo digno de mencionarse el que se ha levantado de planta en Bonn para la enseñanza de la Química tan sólo, en el que se han invertido 200.000 talers, o sean unos tres millones de reales. La Universidad de Leipzig ha ensanchado y mejorado el que en ella tenía nuestro antiguo amigo el célebre profesor O. L. Erdmann, al llamar a su seno para reemplazarle al no menos célebre H. Kolbe, de manera que nada deja que desear en vista de los laboratorios prusianos. Rusia ha rivalizado con Alemania en este punto y ha fundado algunos, mejorándolos bajo el plan de los prusianos. Las Cámaras italianas votaron 500.000 liras como primera partida, tan sólo para el laboratorio químico de Roma. Portugal posee en su establecimiento de Coimbra laboratorios destinados a las investigaciones fisicoquímicas que superan con mucho a los de nuestro país.

»De aquí el gran movimiento científico que se advierte en todas estas naciones...

»En España, según se ha dicho, no hay movimiento científico verdadero en este punto, por falta de laboratorios. Y *no es que no se haya demostrado así a la Superioridad, pues se le ha hecho presente siempre que hubo ocasión oportuna*. En prueba de ello, la Facultad de Ciencias de la Central recibió, hace bastantes años, el encargo de estudiar un edificio en que estuvieran reunidas todas sus enseñanzas. Sus dignos profesores, animados del mejor celo, se pusieron a trabajar sin descanso hasta facilitar al arquitecto los datos que debían concurrir para el trazado de los planos. Estos fueron concluídos...; pero no han dado ulterior resultado.

»No ha mucho tiempo se ordenó a la Facultad que sus Secciones respectivas estudiaran y propusieran el aumento de asignaturas que creyesen necesario para dar la enseñanza a la altura que el día reclama. Así lo hicieron algunas Secciones; pero la de Físicoquímicas evacuó la consulta, diciéndole al Gobierno *que lo que necesitaba, ante todo y sobre todo, era un edificio adecuado donde instalarse para dar cual se requieren las enseñanzas que entonces ya poseía, con laboratorios* donde alumnos y profesores pudieran atender a la enseñanza y la investigación.

»Cuando esto se haga—decía—se habrá dado el mayor paso para su adelanto y perfeccionamiento; entonces en esos laboratorios nacerá una noble emulación que desarrollará fecunda lucha para el progreso de la Física y la Química en todas sus manifestaciones...

»El Gobierno acogió como se merecían estas indicaciones; pero... su efímera existencia no permitió que llevase a cabo sus propósitos.»

El propio profesor Bonet añade más tarde:

«También el actual Gobierno los tiene excelentes; pero como es posible que no tenga tiempo ni ocasión propicia para realizarlos, séanos permitido que dirijamos nuestra humilde voz a D. Alfonso XII, que ha tenido la inapreciable fortuna de adquirir una instrucción que no conocieron los más de sus ascendientes, y que por lo mismo sabe muy bien todo el influjo que las ciencias experimentales tienen en el adelanto, en la civilización y en el poder de las naciones, para rogarle se digne recordar a todos los ministros que tuviere el abandono indisculpable en que se tiene la enseñanza de las Ciencias Físicoquímicas en España y la imperiosa necesidad de poner remedio a un mal por el

que la enseñanza de las referidas ciencias en la Universidad de Madrid se halla en peor estado que en Portugal o que en el más pequeño Estado de los que componen el vasto imperio alemán.»

Después de escuchar esta lectura, decidme, señores congresistas, ¿creéis posible que la generación de Bonet, sin medios y, lo que es aún peor, sin la *interior satisfacción* necesaria, pudo realizar producción científica alguna?

¡Qué de posibilidades perdidas totalmente para nuestro país no se malograron en ese tiempo!

Pues bien, señores, la mayor parte de lo que os acabo de leer, que, como habéis oído, fué escrito en 1855 y 1878, lo subscribe como de actualidad el segundo menor de Bonet ¡en 1923!

¿Qué voy a deciros a vosotros del progreso de la Química en la última centuria? ¡Qué responsabilidad tan grande para los culpables de esta verdadera catástrofe española!

Pero aún hay más: si nuestro maestro insigne volviera de pronto al mundo de los vivos, ¡cuál no sería su asombro al contemplar que aquel laboratorio suyo que indecorosa pero espaciosamente instalado se hallaba en los sótanos del antiguo ministerio de Fomento de la calle de Atocha, de Madrid, desapareció al ser derribado el vetusto edificio que lo albergaba; pero lejos de mejorar, como él parecía esperar en sus escritos, fué llevado a ocupar una reducidísima vivienda—las habitaciones particulares del Dr. Velasco—en el Museo Antropológico del paseo de Atocha, y aún se encuentra en el mismo sitio donde, a *título provisional*, se le instalara hace veintitrés años!

En este local, que no reúne condiciones para laboratorio, desarrolló lo mejor que pudo sus excelentes enseñanzas y realizó la mayor parte de las investigaciones, que traducidas fueron a diversos idiomas europeos, un no menos ilustre antecesor y maestro, discípulo a su vez de Bonet, el inolvidable Fages, con una concurrencia que llegaba cuando más a seis alumnos; en ese mismo local, en el que no obstante reformas realizadas hace unos ocho años por el que escribe, al tomar posesión de la cátedra, no podrían trabajar *cómodamente* más de una docena de estudiantes, trabajan *penosa y asiduamente* el doble en la actualidad, y tendrán que trabajar más del triple en años próximos al irse implantando la reciente reforma de plan de estudios, de que os hablaré después.

En ese mismo laboratorio es donde, cuando el tiempo y el espacio lo permiten, se realizan las investigaciones acerca de diversos complejos inorgánicos a que antes hice alusión y que tendréis ocasión de leer en las notas correspondientes. No os extrañará, por tanto, que al pensar en las dificultades con que el trabajo científico se desenvuelve, pudiera más en mí que el deseo de exponeros éste, la obsesión de pintaros aquéllas, con el fin de solicitar vuestro auxilio para remediarlas.

* * *

Acabáis de ver cómo la Sección Química de la Facultad de Ciencias, que es el Centro que desde su fundación ha mantenido con más fe y más tesón el trabajo experimental como base de la enseñanza, viene reclamando, por boca de sus más esclarecidos profesores, mejoras en aquélla desde hace muy cerca de *un siglo*, sin que la fortuna le haya acompañado demasiado.

Algo parecido ha sucedido con las consignaciones para material científico. Según consta en anuarios y estadísticas, hasta muy entrado el siglo xx sólo disponía cada laboratorio para todo material fijo y fungible, de cantidades que oscilaban entre 50 y 80 pesetas *¡al año!*, resultado de dividir entre ellos la cuarta parte de 1.200 pesetas, que era la consignación total para las cuatro secciones de la Facultad.

Partida del presupuesto que por cierto todavía se conserva, aunque con alguna variante, en la denominación, como un *fósil* que atestigüe en todo momento la mezquindad e incomprensión de Cortes y gobernantes prehistóricos.

Porque en este punto las reclamaciones tuvieron la suerte de ser al fin escuchadas; en tiempos del Ministerio Villaverde la consignación para material científico para todas las Universidades de España se elevó a unas 500.000 pesetas; la cantidad que correspondía a cada laboratorio de la Sección de Química de Madrid venía a ser unas 1.300 pesetas anuales, más las 50 antiguas que seguía percibiendo. Debióse tamaño triunfo, al que tan agradecidas deben estar todas las enseñanzas universitarias, a la persistente y bien orientada gestión del catedrático—hoy jubilado—de *química inorgánica* en la Facultad de Ciencias de Madrid D. José Muñoz del Castillo, a quien me complazco en tributar desde aquí el merecido homenaje. No había de tener otros méritos,

y éste sólo sería ya muy sobrado para que su nombre quedase grabado en el sitio que le corresponde en la historia del resurgimiento científico español. Porque, en efecto, por aquella época, y coincidiendo también con la acertada medida del Sr. García Alix, primer ministro de Instrucción pública, de que los alumnos pagaran en metálico a las Facultades una pequeñísima cantidad en concepto de derechos de prácticas, el aspecto de los laboratorios cambia totalmente: la mayor actividad se despliega en ellos; en 1903 se funda la Sociedad Española de Física y Química por iniciativa de un pequeño grupo de hombres de ciencia, entre los que se destacan nuestros ilustres Carracido, Martí y Rodríguez Mourelo; en 1907, otro acierto ministerial crea la Junta para Ampliación de Estudios; más tarde se crea el Instituto del Material científico, con talleres mecánicos de precisión y de soplado de vidrio, etc., etc.; posteriormente, la ASOCIACIÓN PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS...

Hay, en suma, por todas partes síntomas de vitalidad, deseo de hacer, sed de investigar... ¡Ah! ¡Cuál sería nuestro estado actual si no hubiera sido desoído a su tiempo el profesor Bonet!

* * *

Una de las cuestiones de que más se han preocupado los países que poseen una organización pedagógica a la moderna, y que han tenido la feliz idea, que nos faltó a nosotros, de creer a tiempo que la *química servía para algo*, fué sin duda la de organizar su enseñanza de tal modo que aquélla pudiera ejercer su influencia sobre las realidades tangibles, rindiendo el máximo fruto en el orden de los progresos materiales.

Tended hoy la vista por todos los países civilizados y encontraréis, lo mismo en Europa que en América, con ligeras variantes en el detalle, por todas partes una misma idea orgánica: una Facultad de Ciencias químicas, admirablemente atendida, espléndidamente instalada, que tiene a su cargo la enseñanza de los conocimientos fundamentales extendidos cotidianamente, mediante la investigación científica, a un constante *más allá*; un segundo grupo de enseñanzas dentro de la misma Facultad o constituyendo Secciones técnicas de aquélla, muchas veces con instalaciones aún más espléndidas que las anteriores,

donde los conocimientos fundamentales reciben aplicación y se establece su contacto con la industria y la realidad.

No puede ser de otro modo: recordad aquellas frases del inmortal Pasteur, cuyo centenario ha poco hemos celebrado, cuando discurrendo acerca del desastre francés de 1870, y después de decir que «pocas personas comprenden el verdadero origen de las maravillas de la Industria y del poder de las naciones», decía que era forzoso «*borrar de la educación superior la frase de ciencia aplicada. No hay categoría científica a la cual se pueda dar aquel calificativo: sólo hay la ciencia y sus aplicaciones unidas solidariamente éstas a aquélla como el fruto y el árbol*».

Comentando nuestro insigne Carracido las palabras anteriores en un precioso artículo acerca de cómo debe ser cultivada la química entre nosotros, publicado en *Nuestro tiempo* en los primeros años de la centuria que corre, decía: «Por haber conseguido que la enseñanza universitaria, aun en los asuntos de mayor elevación científica, tenga sentido práctico y que la vida fabril conceptúe que no puede desatender, sin perjudicar sus intereses, las tareas del investigador, la ciencia química y la industria química de Alemania son hoy las primeras del mundo.»

De cómo Francia rectificó antiguos puntos de vista y escuchó la voz autorizada de Pasteur son buena prueba los Institutos de Química, que, orientados hacia las aplicaciones de ésta, fueron creados como anejos a las Facultades de Ciencias de París, Toulouse, Lyon, Nancy, Besançon, Grenoble, Bordeaux, etc.; de cómo han colaborado estos centros y todos los laboratorios universitarios en los días angustiosos de la gran guerra, es buena prueba el maravilloso esfuerzo y las magníficas investigaciones que bajo la presión de imperiosas necesidades de momento se realizaban en ellos con gran éxito para organizar la defensa y el ataque ante la aparición de esa nueva monstruosidad que se conoce con el nombre de *gases de combate*.

Mas no necesitamos en verdad trasponer el Pirineo para conocer cómo debe ser organizada, con un criterio moderno y progresivo, la enseñanza de la química. Miremos a Portugal.

No es sólo en Coímbra, como afirmara un día D. Magín Bonet, donde podemos hallar los españoles un ejemplo que imitar; no son sólo los igualmente magníficos laboratorios de las Facultades de Cien-

cias de Lisboa y Oporto, con su admirable actividad científica, revelada en los Archivos de las respectivas Universidades por las publicaciones de sus ilustres profesores; no es esto sólo, digo, lo que causa nuestra admiración y nuestra envidia; es también, y aun en un grado mayor, la organización de su Facultad técnica de Oporto, creada por decretos de 30 de noviembre de 1918 y 29 de enero de 1921.

En dicha organización, que abarca cinco títulos de ingeniero, se establece que las enseñanzas técnicas propias de cada uno, que ocupan tres años, sean precedidas de otras cursadas también durante tres años con plan diferente para cada uno y sabiamente escogidas entre las propias de la Facultad de Ciencias.

Así, por ejemplo, los ingenieros químicos, antes de estudiar docimasia, química industrial (dos cursos), metalurgia, análisis industriales y electroquímica llevan la preparación de un curso de química inorgánica, otro de orgánica, otro de química física y dos de análisis química, cursados en la Facultad de Ciencias.

Indudablemente pueblos que saben hallar gobernantes que así atiendan las aspiraciones de los gobernados y provean a sus necesidades, en cada momento, según la pauta que marca el progreso mundial, podrán ser pequeños en extensión, pero llevan dentro de sí el germen de una grandeza que no se mide con unidades superficiales.

En España, esa abstención funesta respecto de las cosas de química, de que antes os hablaba, no ha tenido más remedio que dar también deplorables resultados, y así como en un campo cultivado, cuando falta el cuidado y la dirección inteligente del agricultor, bien pronto se ve el cultivo invadido por las *malas hierbas* que amenguan o destruyen la cosecha, así la falta durante muchos años en las alturas de un espíritu tutelar y de una dirección inteligente permitió desarrollarse entre nosotros esa terrible calamidad que conocemos con el nombre de *espíritu de cuerpo*.

A él se debe sin duda que hoy, mientras la Facultad de Ciencias depende del ministerio de Instrucción pública, tales escuelas especiales dependan del de Fomento, tal otra del de Trabajo, tales otras del de Guerra.

Como si se tratara de entidades pertenecientes a países sin relación alguna entre sí, una muralla infranqueable existe entre unas y otras, y si por casualidad un día en un Congreso todas reunidas se

proponen reorganizar la enseñanza técnica de común acuerdo, éste se olvida casi en el mismo instante en que se toma; si alguien propone la conveniencia de crear laboratorios físicoquímicos industriales por toda la nación, impone la condición de tomar como base los que existen o debieran existir a cargo de unos determinados funcionarios; si el Estado se decide a estimular, mediante premios en metálico, el estudio de tal o cual problema químico de gran trascendencia para la riqueza del país, se abren concursos sólo entre los titulados de determinada especialidad; si en la misma Universidad se reúnen Facultades afines para organizar sus enseñanzas comunes, cada una quiere bastarse a sí propia y rechaza el concurso de las demás.

En virtud de tal estado de cosas existen en España, y más particularmente en Madrid, diversas cátedras y laboratorios dedicados unos a la enseñanza de la química llamada pura y otros a la química aplicada a la respectiva especialidad que se cultiva en cada uno de los centros en que radican; mas como todavía no se ha descubierto el procedimiento de poder enseñar seriamente las aplicaciones de una ciencia sin el previo conocimiento de la ciencia misma, por lo mismo que, siguiendo el símil de Pasteur, no se conoce el medio de obtener los frutos de un árbol sin tener el árbol, resulta que, no obstante una pluralidad de nombres más o menos diferentes que suelen simbolizar la barrera infranqueable a que antes aludiera, la mayoría de los profesores de química de la corte lo son de una química que pudiéramos decir *de igual grado de pureza*.

Así tiene explicación el hecho frecuentísimo entre nosotros de que profesores titulares de una cierta química aplicada vean convertida su enseñanza en otra *sin aplicar* del tipo de las fundamentales de la Facultad de Ciencias, siendo de lamentar en muchos casos que tales profesores no presten a esta última el concurso de su ciencia y su saber.

Y así no deja de ser frecuente tampoco el caso de profesores que habiendo sufrido la metamorfosis mencionada, al sentirse un tanto descentrados y en desacuerdo con su misión oficial, solicitan reformas en la enseñanza de la Química, sabiamente pensadas y atinadamente propuestas, pero en las que es lamentable se olviden en absoluto de que existe en la Universidad una Sección a Química especialmente dedicada, cuyos profesores están pidiendo o proponiendo las mismas o parecidas reformas ¡con una antelación de ochenta y ocho años!

Compréndese, por lo dicho, que si en España hay en estos instantes algunos cultivadores de la Química sin apelativos, la investigación técnica apenas si ha hecho su aparición; y es tanto más de lamentar cuanto que no basta que los técnicos españoles vayan lentamente poniéndose al frente de las industrias, en su mayoría en manos de extranjeros: mientras las patentes no sean aquí obtenidas, mientras la investigación científica no extienda su radio de acción a las aplicaciones, y mientras no *se organice* la enseñanza integral de la Química en la forma que la tienen los pueblos más adelantados, seremos forzosamente en este punto un feudo de éstos.

Para llegar a conseguirlo sería preciso que desapareciera el *espíritu de cuerpo* a que se alude anteriormente, y me importa hacer constar que también la Facultad de Ciencias ha procurado en este punto luchar en la medida de sus fuerzas con tan funesta preocupación.

Ved si no lo que tocante a ello escribe el ex ministro de Instrucción pública Sr. Silió en su publicación *La educación nacional*, pág. 91:

«Como no hay comunicación ni contacto entre las distintas enseñanzas que acota y delimita el Estado, cada una se convierte en cantón inaccesible para los que no se hallan avecindados dentro de él. Así se da el caso de un doctor en Ciencias que por notoria que sea su competencia en una disciplina científica no puede difundirla en una Escuela de Ingenieros, ni siquiera hacer oposición a una cátedra de dicha Escuela.»

Y ved lo que la Facultad de Ciencias de Zaragoza, comentando las anteriores palabras del Sr. Silió, dice en el proemio de su folleto acerca de la organización de las enseñanzas químicas en 1921:

«Es exactísimo cuanto indica el Sr. Silió; pero la Facultad de Ciencias se congratula de ser la única excepción. Más amante de la ciencia, de la enseñanza y del progreso que lo que representa ese criterio tan pequeño; entendiendo que el patriotismo consiste en mirar por la cultura patria, admite a las oposiciones a sus cátedras a los titulados de otras carreras, porque desea que su profesorado esté científica y pedagógicamente a la mayor altura posible, sin detenerse a mirar el color o el membrete del título científico del aspirante a profesor, por considerarle de valor muy pequeño, si es el único adorno que la persona posee, y al contrario que otros centros, no se ha preocupado de pedir el exclusivismo del título. LE HONRAN TODOS, si el que le posee SABE.»

Tan exactas son las afirmaciones anteriores, que pueden señalarse casos en que han sido admitidos a oposiciones en esta Facultad—sin protesta ni aun de sus contrincantes—titulados que no estaban autorizados por la ley del 57; y la Facultad de Madrid puede corroborar perfectamente la afirmación de la de Zaragoza, con el hecho de que en su estatuto autonómico de 1921 aprobado por toda la Universidad y derogado por un ministro sin haber llegado a leerlo! se incluían artículos que facilitaban la concesión del grado de licenciado y doctor a titulares de otras profesiones. Idéntico espíritu amplio se ha manifestado siempre, y bien puede decirse que aun sin autonomía nadie ha llamado a las puertas de la Facultad poseyendo merecimientos sin que éstos no hayan sido inmediatamente reconocidos y aun benévolamente apreciados.

III

No os quisiera fatigar mucho más; habéis visto por la ligera reseña que os acabo de hacer—la historia completa es mucho más larga—que la Facultad de Ciencias, consciente en todo momento de su deber, ha luchado constantemente y con suerte varia contra los obstáculos que el desarrollo de la Química ha hallado en España.

No podía faltar tampoco del palenque, en el aspecto que se refiere a la modernización de los planes de enseñanza; y así, entre la época de mediados del siglo XIX, en que, como habéis visto, los profesores pedían, con no escasa razón, primero laboratorios y después planes, a la época moderna, en que el profesorado ha emprendido el camino opuesto, visto el fracaso del anterior, hay una infinidad de gestiones y variadas tentativas y matices diversos que no vale la pena de enumerar, dado que no consiguieron éxito alguno.

Pero en medio de tanto desaliento, me es muy grato señalaros ahora algunos motivos de optimismo que concurren en los momentos actuales.

Hace muy pocos meses que los profesores de Química de España lograron ser escuchados por el entonces ministro de Instrucción pública D. Tomás Montejó; estudiada detenidamente una reforma que desde hace unos cuantos años se tenía proyectada, halló favorable aco-

gida en el ánimo de S. E.; y aun cuando los vaivenes de la política, con una crisis ministerial, estuvieron a punto de dar al traste con la reforma, hubo la suerte de que llegara al ministerio hombre de las excepcionales cualidades que adornan al Sr. Salvatella, ministro actual, quien, haciéndose cargo rápidamente del asunto, hubo de suministrar al proyecto el impulso que necesitaba para ir a la *Gaceta*.

El nuevo plan, que en un ciclo de cuatro años contiene dos cursos de Matemáticas especialmente orientadas hacia la Físico-Química; dos de Física y dos de Ciencias Naturales con parecido carácter; dos cursos de Química inorgánica, dos de orgánica, dos de Análisis, uno de Química-Física, otro de Electroquímica y otro de Química técnica, constituye un progreso enorme con respecto al que venía rigiendo, y da la coincidencia de que posee un espíritu muy semejante al que hombres eminentes de determinados países entienden que debiera inspirar una reforma de su enseñanza química, como consecuencia de la experiencia adquirida con motivo de la guerra mundial.

Ahora bien: no necesito deciros que si esta reforma, que constituye actualmente el conjunto más importante que para el estudio de la Química existe en España, si puede desenvolverse fácilmente en Universidades como Zaragoza, Barcelona, Santiago, etc., que poseen buenos laboratorios, no sucede lo mismo en aquellas otras que, como la de Salamanca y la de Madrid, jamás han contado con un protector, y no les ha alcanzado nunca el favor oficial.

Por lo que a Madrid se refiere, yo no quiero ocultaros que hay también motivos para abrigar alguna, aunque remota esperanza.

Las últimas Cortes del Reino fijaron en los presupuestos, dentro de una cantidad global para diversas atenciones universitarias, un epígrafe que dice: «Para el Instituto de Química pura y aplicada en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central»...

Cómo debe ser este Instituto es asunto aún un tanto prematuro de decir; pero en mi modesta opinión, si había de responder a las múltiples exigencias de los momentos actuales, no podría apartarse mucho de reunir las siguientes condiciones:

Sin grandes lujos arquitectónicos, deberá ser un edificio construido *ad hoc*, que permita dar las enseñanzas del plan que os acabo de exponer o las del que le substituya algún día, con toda la perfección experimental que exige la ciencia moderna.

Aparte de la enseñanza, la más importante finalidad del Instituto deberá ser la investigación *científica y técnica* en su más amplia acepción, debiendo permitir el acceso a ella, no sólo de los profesores y alumnos aventajados, sino de todas aquellas otras personas, sea cual fuera su condición, que poseyeran preparación y aptitud suficientes para realizarla.

Una institución semejante debería, finalmente, poseer una organización tal, que al margen de sus enseñanzas fijas permitiera adscribir de un modo temporal o permanente a su labor a profesores extranjeros o nacionales, sin distinción de título profesional o aun sin título alguno, que por sus méritos extraordinarios o su valía personal ofrecieran garantías suficientes de que su colaboración había de redundar en beneficio del progreso y esplendor de la obra científica colectiva.

Es conveniente advertir que el momento actual presenta circunstancias bien propicias para que una obra semejante se realizara. En efecto, vacantes casi todas las cátedras de Química de la Facultad de Madrid, podría hacerse una magnífica selección del profesorado que debiera ocuparlas; precisámente, el mismo ministro Sr. Salvatella, acaba de dictar una acertadísima disposición, según la cual vuelve a exigirse a los opositores la discusión pública de los trabajos de investigación, cuya presentación es imprescindible para poder optar a cátedras de Universidad. Esta disposición, que fué dada por el Sr. García Alix, había sido derogada, no obstante su comprobada eficacia, por ministros posteriores menos competentes, sin que ningún otro en tanto tiempo la hubiera restablecido.

Yo tengo la convicción honrada de que, salvo contadísimas excepciones, que en su mayoría se refieren a personas que ya ocupan cargo oficial, cuanto actualmente existe de valía en el ambiente científico español posee alguno de los varios títulos que sirven para aspirar a catedrático de Química en la Facultad de Ciencias; por otra parte, de unos 300 trabajos de química realizados en el último decenio, más de dos tercios han sido realizados sólo por nuestros doctores.

Y si, como es probable, vamos a reclutar nuestros nuevos profesores entre lo más escogido del país, y si vamos a exigirles que sean investigadores, es justo que la entidad que tales exigencias tiene con quienes llaman a su puerta pueda darles, cuando estén dentro, los medios necesarios para que desenvuelvan aquellas actividades en virtud de las cuales fueron escogidos.

Cuántas entidades existen en España que se propongan sin otro interés que el puramente nacional el progreso de la investigación científica apoyarán seguramente nuestras pretensiones.

Ahora bien: ¿qué probabilidades de viabilidad tiene la idea de nuestro Instituto de Química?

La Facultad de Ciencias de Madrid ha acudido a los Poderes públicos y a los más altos poderes de la nación, donde justo es decir que ha encontrado la más fervorosa acogida, y ha pedido para construirlo los terrenos de Parisiana que el Estado posee a la entrada de la Moncloa. El proyecto ha parecido excelente, y no tendría dificultad alguna si no existieran otros intereses de por medio, que acaso busquen alguna forma habilidosa para hacer su aparición.

Sería bien de lamentar que a la postre sucediera que el Estado que no halló dificultades para otorgar esos terrenos a quienes los dedicaron a esparcimientos de cierta índole, fuera a encontrarlas ahora para otorgárselos a quien los pide con finalidad tan opuesta.

Lo cierto es que aún quedan dificultades que vencer, y que la historia retrospectiva que habéis escuchado no significa ciertamente una garantía para esperar tranquilos: ofrecimientos, buenos deseos, magníficas intenciones... jamás faltaron; realidades son las que tardaron en llegar o no han llegado todavía.

Por estas razones, y por considerar que la dichosa circunstancia que hoy congrega en esta bellísima ciudad a tan alta representación de la intelectualidad lusitana y española constituye un acontecimiento que forzosamente debe tener trascendencia en el progreso de la ciencia ibérica, yo me atrevo a dirigirme a vosotros para que, prestándome con vuestro asenso la autoridad de que carezco, pueda desde este sitio que inmerecidamente ocupo dirigirme al Gobierno de España para pedirle en nombre de la Sección de Ciencias Físicoquímicas del Congreso luso-español de Salamanca:

«Que, reorganizados los estudios de Química en las Facultades españolas de Ciencias, dote a aquellas que lo necesiten, y en particular a las de Salamanca y Madrid, de los medios que no tienen para desenvolverlos en armonía con sus peticiones de hace un siglo, y con lo que reclama imperiosamente el progreso incesante de los pueblos cultos.»

Mas como nuestros Gobiernos, ahora como en el siglo pasado, son igualmente poco duraderos, permitidme, señores congresistas, que al

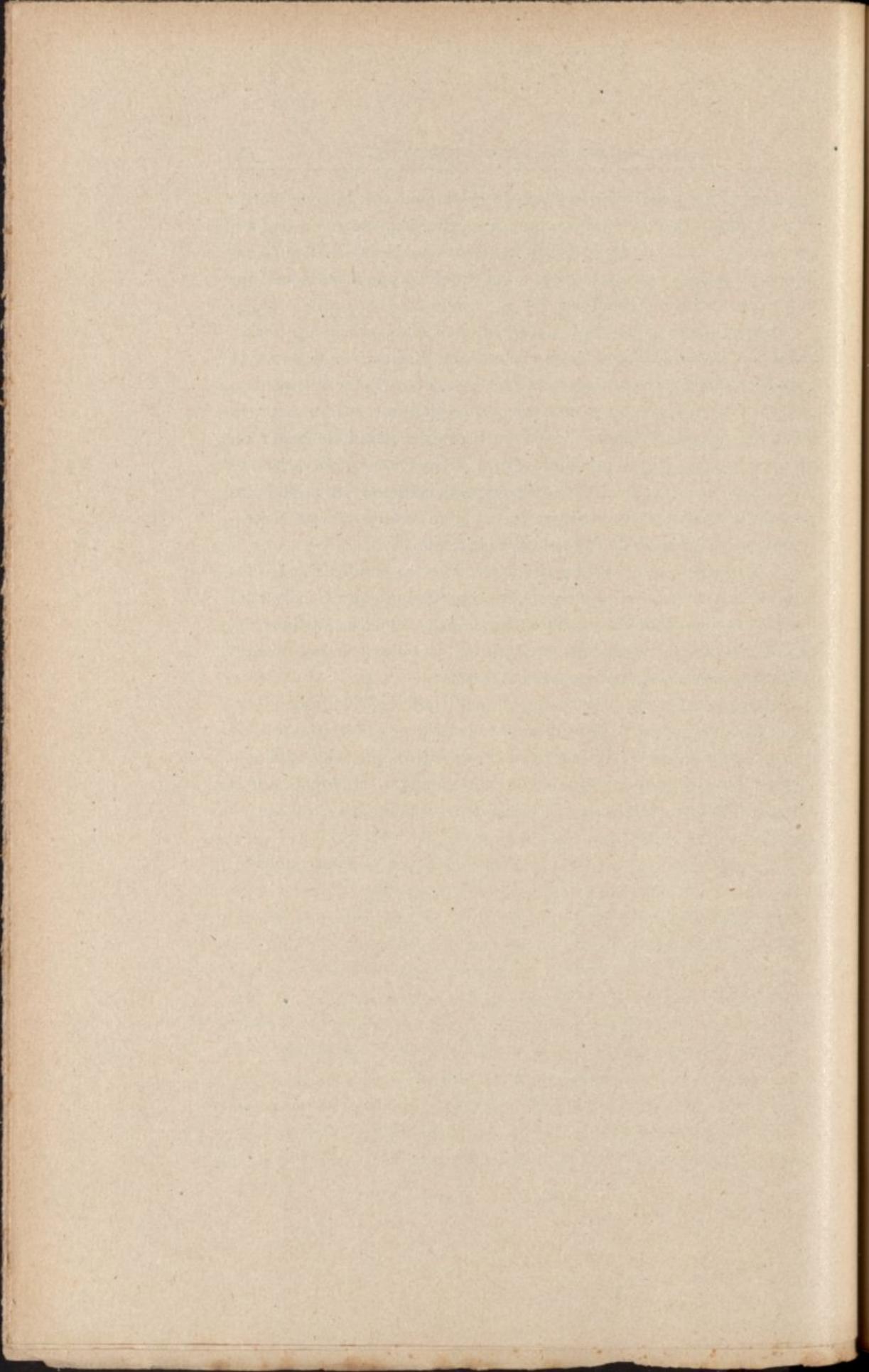
igual que lo hiciera el viejo analista de grata memoria, cuyo recuerdo he evocado en esta conferencia, me dirija también, como en una suprema instancia, a nuestro augusto monarca D. Alfonso XIII, cuya excelente cultura y gran interés por los problemas nacionales son por todos reconocidos, diciéndole:

«Señor: desde la famosa Universidad de Salamanca que un sabio antecesor vuestro hubiera de fundar, yo me dirijo a V. M. en 1923 para formular el mismo ruego que en 1878 hiciera a vuestro augusto padre otro sabio antecesor mío: que os dignéis recordar a vuestros ministros de Instrucción pública la imperiosa necesidad de poner remedio a un mal, por el que la enseñanza de la Química en varias Facultades de Ciencias de España, y muy particularmente en la de la capital de la nación, corre el riesgo de ser, si no lo es ya, la peor atendida por un Gobierno de todo el orbe civilizado.»

Y después de esto aún me dirigiría en vuestro nombre a todos los españoles, y muy principalmente a sus representantes en Cortes, para hacerles análoga petición y recordarles de paso aquellas palabras del profesor Moureu, que desearía sonaran en sus oídos con los mismos fatídicos acentos con que suenan en los míos:

«¡Desgraciados los pueblos que no cultivaron la Química y no sacaron partido, mediante procedimientos científicos, de las riquezas de su suelo y su subsuelo! Tributarios del extranjero, que los tendrá a su merced, serán pobres y serán débiles. Una nación, o es potente por la Ciencia, o deberá resignarse a la tutela de las que posean organización científica.»

HE DICHO.



Sección 4.^a

CIENCIAS NATURALES

DISCURSO INAUGURAL

POR EL

P. AGUSTÍN JESÚS BARREIRO, AGUSTINO.

DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES

I

Señores congresistas:

Es hoy recurso de uso frecuente entre musicógrafos anteponer algunos compases de notas duras y estridentes a sus melodías, para que la fuerza del contraste haga resaltar la suavidad y armonía de éstas, realzando así el valor e inspiración de las mismas y aumentando su atractivo para el auditorio inteligente.

En los conciertos científicos puede ofrecerse también un caso análogo, si no precisamente por disposición y cálculo del compositor o séase del organizador, al menos por deficiencia del ejecutante, y éste es el que vais a presenciar ahora.

Abrigamos la convicción de que nuestro discurso inaugural de la Sección de Ciencias Naturales desempeña un papel muy semejante al de los compases arriba citados, tanto al compararlo con aquellos que se han leído en anteriores Congresos, como con las notas y comunicaciones que muy pronto habéis de admirar aquí. Con todo, no hemos querido desertar del puesto que personas dignísimas nos han asignado, primero por habérnoslo impedido un sentimiento de respeto y acatamiento hacia las mismas, que tiene raíces muy profundas en nuestra alma, y después porque el estado religioso que profesamos tiene por norma la humildad, y en este sentido consideramos como un deber el aceptar, por lo menos resignados, esta misión, también humilde, que vamos a desempeñar.

Sin embargo, la consideración y respeto que debemos a vuestra

presencia nos han impulsado a desarrollar en este momento un asunto de carácter más bien histórico que científico, el cual, sobre ofrecer para vosotros la ventaja de atraer vuestras miradas hacia las altas regiones de nuestras glorias prístinas, apartándola así de la pequeñez del que os dirige la palabra, proporciona a éste el placer íntimo de recordarlas; pues así como el hidalgo pobre siente orgullo en contemplar los retratos de sus antepasados y en exhibir ante los extraños los pergaminos y ejecutorias que acreditan la nobleza de su origen y prosapia, de igual manera sentimos resonar ahora en el fondo de nuestra alma la voz de la sangre y virtudes de nuestra raza ante la memoria de sus producciones científicas, de sus viajes y exploraciones y de sus esfuerzos y campañas en pro de la cultura y del desarrollo de la Historia Natural.

Por otra parte, ¿no es cierto, señores congresistas, que en esta ciudad salmantina, cuajada de artísticos recuerdos, pregoneros de pasadas grandezas, se respira un ambiente que arrebatara sin querer nuestro espíritu hacia otros tiempos y edades llamados con justicia gloriosos, porque en ellos el alma española se difundió pujante por todos los órdenes de la vida, brillando en el mundo con los destellos esplendurosos de un sol en cenit?

Sí, señores: las aulas de esta Universidad parecen conservar todavía el eco de teólogos y escriturarios como Fr. Luis de León, Alonso de Córdova, Melchor Cano y Domingo de Soto; de canonistas como el portugués Manuel da Costa; de gramáticos y hebraístas como León de Castro y Francisco Martínez; de médicos como Juan de Aguilera y Álvarez de la Reina; de astrólogos como Antonio Sánchez Olivares y Gabriel Serrano, y, en fin, de otros mil que constituyen verdadera pléyade, cuyos resplandores no han podido apagar ni las vicisitudes de los tiempos ni la acción demoledora de los siglos.

Aquí, finalmente, expuso y comentó la *Historia Natural* de Plinio, por vez primera en Europa, Francisco Núñez de Guzmán, por sobrenombre *el Pinciano*, y recibió su formación intelectual el Dr. Francisco Hernández, médico de Felipe II, protomédico de las Indias, explorador del suelo mejicano durante los años 1570-1576, y botánico y zoólogo eminente. Ved, pues, si en este cuadro no encaja bien un tema de Historia en que aparezca el entronque de esta época de grandeza con otras en que, por decirlo así, se ha preparado.

Mas antes de proceder al desarrollo del mismo, permitidnos cumplir dos deberes que la cortesía y la piedad nos imponen. El primero es ofrecer un saludo cordialísimo a los sabios naturalistas portugueses que nos honran hoy con su presencia. En fraternal consorcio con nosotros vienen laborando desde hace algunos años en estas asambleas. Para los españoles han tenido en el reciente Congreso de Oporto obsequios y atenciones que, a fuer de agradecidos, nos complacemos en recordar aquí.

Bien venidos sean una vez más a esta casa solariega de la Ciencia española, donde amigos fieles y admiradores sinceros de su saber y dotes caballerescas les recibirán con los brazos abiertos.

Volvamos ahora la hoja para dirigir nuestra atención, siquiera por breves momentos, a otros personajes beneméritos arrebatados por la muerte desde el último Congreso y cuya gloriosa memoria debemos evocar aquí como tributo de justicia.

Ocupan el primer lugar, por haber tomado parte muy activa en las campañas de esta Asociación, el Dr. D. Blas Lázaro e Ibiza y D. Luis Mariano Vidal y Carreras. El primero ejerció el profesorado y fué botánico de mérito relevante. Así lo demuestran numerosos y selectos trabajos que le abrieron las puertas de las Reales Academias de Medicina y Ciencias de Madrid, mereciéndole además la distinción señalada de que la Universidad de Upsala le confiriese el título de doctor *honoris causa*, el año 1907, con motivo de su presencia en las fiestas del segundo centenario de Linneo, a las que asistió como delegado de España.

El segundo, o sea D. Luis Mariano Vidal, fué ingeniero de Minas, director algún tiempo de la Comisión del Mapa Geológico de España y geólogo y paleontólogo de gran valía, como lo abonan sus profundos estudios del secundario y terciario catalán y descubrimientos prehistóricos tan interesantes como el del *Driopithecus Fontani* de Lartet, en Tortosa. Siguen a éstos el reputado geólogo D. Lucas Mallada, de la Comisión del Mapa Geológico, donde trabajó con entusiasmo y éxito tan grandes como se ve por las magistrales monografías que nos ha dejado; D. Eduardo Reyes Prósper, catedrático de Fitografía de la Universidad Central, a quien debe la Ciencia estudios de valor tan subido como el de *Las estepas de España* y el de las «caraceas»; don Apolinar Federico Gredilla, también profesor de Organografía y Fisiología.

logía vegetal en la misma Universidad, y D. Joaquín González Hidalgo, profesor de la asignatura de Moluscos y Animales inferiores en la Facultad de Ciencias de Madrid, vicepresidente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de esta corte y malacólogo de fama mundial, a quien debe la Ciencia descripciones de numerosas especies nuevas de moluscos.

Aquí deberíamos cerrar este paréntesis fúnebre si circunstancias muy especiales no nos obligasen a prolongarlo, añadiendo el nombre de otro naturalista que, sin ser compatriota nuestro en vida, ha venido a dormir el sueño de la muerte en tierra española. Nos referimos a monsieur Arturo Chervin, fallecido en esta misma población, ahora hace dos años, cuando se dirigía a Oporto para asistir al Congreso hispanoportugués que allí se celebraba. Era miembro de la Junta de Misiones científicas del ministerio de Instrucción pública de Francia y socio correspondiente de la Real Academia de Ciencias de Madrid.

Su obra en tres volúmenes titulada *Antropologie Bolivienne*, bastará para perpetuar ante las generaciones futuras la memoria de este explorador incansable. Se dijo de él, por los días de su muerte, que aun en medio de sus dolencias recordaba todavía el objeto de su viaje, preguntando al médico que le asistía si podría llegar a las sesiones de la asamblea de Oporto. ¡Buen ejemplo de celo y entusiasmo por la Ciencia! Sirvan, pues, estas frases de tributo a su memoria, y al sumar su nombre a los de nuestros compatriotas arriba citados permitidme que les aplique las siguientes palabras de la Sagrada Escritura en el Libro del Eclesiástico: «Alabemos a los varones ilustres y a nuestros padres en su generación. Hombres ricos en virtud, solícitos del decoro y pasibles en sus casas. Todos ellos alcanzaron gloria mientras vivieron entre sus gentes, y en sus días son celebrados.»

Cumplidos, señores congresistas, los deberes de cortesía y piedad de que os he hablado arriba, pasemos a enunciar el tema del presente discurso en la forma siguiente:

Los orígenes de la Historia Natural y las primeras manifestaciones de esta ciencia en España.

II

Señores: No es fácil formarse idea cabal del valor positivo que se encierra en las producciones de nuestros primeros naturalistas, sin dirigir antes una ojeada a las de otros que les han precedido.

Sólo así podremos distinguir el patrimonio científico que aquéllos heredaron del que les corresponde por derecho propio como fruto de su labor y esfuerzos.

Aunque es cierto que los primeros gérmenes de las Ciencias Naturales aparecen diseminados con más o menos profusión en las Sagradas Escrituras, en los grandes poemas de la antigüedad y en el simbolismo de los egipcios, se hace necesario descender hasta el siglo iv antes de la era cristiana, en que aparece la excelsa figura de Aristóteles, para encontrarnos con una organización relativamente metódica y racional de aquéllas.

Aquel genio portentoso no solamente fundó una filosofía que persiste a través de los siglos y a pesar de los rudos ataques de que ha sido objeto, sino que la Historia Natural le debe también su constitución como Ciencia independiente y autónoma, y el esbozo de sus planes y procedimientos.

El filósofo de Estagira cultivó las ramas principales de aquélla, pero desgraciadamente sólo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos de Botánica (1), los nueve libros de su *Historia animalium*, cuatro titulados *De partibus animalium*, cinco *De generationibus animalium*, y los opúsculos que llamó *Parva naturalia*.

Según Aristóteles, la mayoría de los animales y plantas procedían de gérmenes desarrollados en otros de la misma especie; mas los insectos y criptógamas eran resultado de generación espontánea verifi-

(1) Han sido publicados por Wimmer con el siguiente título: *Phytologiae aristotelicae fragmenta*. Breslau, 1838.

cada al transformarse la substancia inorgánica en substancia organizada y viviente.

La planta constaba de cuerpo y alma *vegetativa*; el animal, de cuerpo y dos almas, la *vegetativa* y la *sensitiva*, y el hombre, de cuerpo y de tres almas, la *vegetativa*, la *sensitiva* y la *racional*, en que radicaba el pensamiento. Esta se le infundía con posterioridad a las otras dos, resultando de aquí la precedencia del individuo viviente y sensible sobre la del ser racional y pensante (1).

Aristóteles tomó por base para diferenciar los animales unos de otros, la vida, las acciones, las costumbres y las partes de que constaban (2).

Encabeza el primer capítulo de su *Historia de los animales* con la noción de partes o componentes anatómicos de los mismos, las cuales divide en no compuestas e incompuestas; es decir, en homogéneas o disgregables en fragmentos similares, como, por ejemplo, *la carne*, y heterogéneas o divisibles en otras diferentes entre sí, como la mano. Abarca después con una sola mirada las diferencias de formas, vida y costumbres de los animales, que hace depender del medio en que viven y se desarrollan, es decir, del aire, del agua y de la tierra, y después de ligeras observaciones sobre el aparato digestivo, modo de emitir el semen prolífico, sobre la sangre y líquidos equivalentes, entra de lleno en la descripción de todas y cada una de las partes interiores y exteriores del animal.

En el libro II insiste sobre las diferencias que median entre unos y otros animales, fijándose especialmente en el desarrollo de la cabeza, cuello y pecho, en la posición de las mamas, mecanismo de la marcha, etcétera. Habla después de los elefantes, fijándose en su sistema dentario; del camaleón, de las serpientes, de los peces y sus diferencias y de los órganos interiores propios de cada grupo animal.

El libro III está consagrado al estudio de los órganos genitales en la serie zoológica y al de las venas, nervios, huesos, cartílagos, uñas, pelo, piel, plumas y sangre.

Pasa después a tratar en el libro IV de los animales exanguies, entre los cuales incluye a los moluscos que carecen de cubierta protectora,

(1) *De Generationes*, lib. II, cap. III, párr. 15.

(2) *De Hist. Anim.*, lib. I, cap. I, párr. 5.º

a los testáceos, crustáceos e insectos, y estudia sus organismos y sus variedades y su facultad sensitiva y las voces y sonidos que emiten y el sueño y vigilia de los mismos.

Los libros V y VI están dedicados a la unión de los sexos, gestación, parto y época de éste, tiempo empleado en la incubación por las aves y número de individuos que pueden producir en cada caso.

El VII trata de las mismas cuestiones en la especie humana, y comenzando por el estudio de los signos de la pubertad, tanto en el hombre como en la mujer, continúa describiendo los síntomas de la concepción, las causas del aborto, los fenómenos observados en la mujer durante la época de la gestación, los caracteres de la leche humana y otras cuestiones semejantes.

El VIII contiene multitud de curiosos detalles relativos a la variedad de acciones en los animales, es decir, a su régimen alimenticio, influencia de la temperatura y épocas en que su actividad vital disminuye y enfermedades de los mismos; y, finalmente, el IX se ocupa de las costumbres e instintos de los animales, especialmente de las aves e insectos.

Todavía escribió Aristóteles ocho libros más, que contienen enseñanzas de verdadero interés para nuestra ciencia. Cuatro de ellos tratan, expresa y extensamente, de las partes de los animales, de los órganos propios de cada uno y de la posición de los mismos, y los otros cuatro, de cuestiones relativas a la generación en la serie zoológica.

En estas obras aparece ya el primer esbozo de sistemática y distribución de los animales en las siguientes clases:

1.^a Cuadrúpedos vivíparos, en los cuales incluía los mamíferos actuales, menos las ballenas y focas.

2.^a Pájaros.

3.^a Cuadrúpedos ovíparos, reptiles, anfibios, serpientes y codrilos.

4.^a Cetáceos (animales acuáticos).

5.^a Peces, que divide en cartilaginosos y óseos, incluyendo entre los primeros a los selacios o plagiostomas y en los óseos a los restantes.

6.^a Moluscos que corresponden a los cefalópodos actuales.

7.^a Malacostráceos polípodos, o crustáceos propiamente dichos.

8.^a Polípodos articulados, es decir, insectos, arácnidos, miriápodos y gusanos.

9.^a Ápodos testáceos (ostracodermos), de cuerpo blando y concha exterior sólida y frágil, que abarcaban los limacos, patelas, orejas de mar, los bivalvos, y también los equínidos, a los que añade todavía las ascidias.

Como se ve, Aristóteles recoge en su clasificación todos los tipos zoológicos, excepto los protozoos, aunque las deficiencias de la observación y de la experiencia le impiden agruparlos debidamente.

La fauna que le sirve de base corresponde principalmente a las zonas templadas y tropicales.

En sus descripciones acude a la morfología externa y a la interna, a la generación, modo y circunstancias en que procrean los animales, al sistema dentario, modos de vida e instintos y costumbres.

Los libros de Historia Natural de este grande hombre constituyen un ensayo atrevidísimo de anatomía y fisiología comparadas, que aun hoy, después de veintitrés siglos, causa admiración profunda.

Aristóteles dirige ante todo su mirada al hombre, porque *sólo éste participa de la divinidad y en grado supremo, por ser su organismo más conocido y por tener dispuesta su frente para mirar al cielo* (1). Dice de él que posee entre todos los animales el privilegio exclusivo de caminar levantado y recto (2); que su cerebro es en proporción el más grande (3); que el del hombre es mayor que el de la mujer (4); que en los niños es más voluminoso que en los adultos (5); que la boca del hombre es pequeña comparada con las de los animales superiores; que sólo él, entre las demás especies, ofrece variedad de coloración en los ojos (6); que tiene sus orejas inmóviles (7); que a los catorce años cambian su constitución y hábitos, haciéndole en unos casos más resistente para las enfermedades y en otros más propenso a ellas; que sólo el hombre posee la facultad de pensar, el sentimiento artístico y

(1) *De Generat. Anim.*, lib. II, cap. X, párrafos 15-20.

(2) *Ibidem.*

(3) *Ibid.*, cap. XIV, párr. 28.

(4) *Ibid.*, cap. VII, párr. 65.

(5) *De Hist. Anim.*, lib. IV, cap. X, párr. 30.

(6) *Ibid.*, lib. I, cap. X, párr. 5.^o

(7) *Ibid.*, lib. I, cap. II, párrafos 11-16

la prudencia en sus actos (1), y por último, que sólo el hombre usa de la oración (2). Hay todavía en los libros de Aristóteles un detalle que por lo raro ha merecido de algunos naturalistas la calificación de apócrifo. Se refiere a la existencia de los famosos pigmeos africanos, tachada de fábula por espacio de tantos siglos y reconocida como un hecho por los modernos exploradores. En el libro VIII de la *Historia de los animales* afirmase categóricamente que las grullas se trasladan en sus emigraciones desde la Escitia a las lagunas superiores de Egipto, donde nace el Nilo, y allí luchan con los *pigmeos*. «Esto—añade—no es fábula, sino ciertamente un género de hombres y de caballos pequeños que habitan en cavernas y se llaman por eso trogloditas» (3). Tales doctrinas, recogidas por los sabios, han venido a convertirse en los primeros sillares de la Antropología o Historia natural del hombre.

Con el mismo criterio examina Aristóteles los restantes grupos zoológicos, mereciendo especial mención, por lo acertadas, sus observaciones sobre los simios, de los cuales describe los *cebus*, *simia* y *cy-nocéfalos*; sobre los elefantes, la nidificación y emigraciones de las aves, la vida y costumbres de los reptiles, peces e insectos, especialmente las abejas, a las cuales consagra un largo capítulo lleno de curiosos detalles que acreditan el gran desarrollo a que había llegado la apicultura entre los griegos.

Tampoco se ocultó a su perspicacia la naturaleza animal del *Isis hippuris*, alcionario del grupo de los gorgónidos (4), ni la de las esponjas, cuya sensibilidad dedujo de la rapidez con que, según los pescadores, se adherían a las peñas al percibir el menor ruido, detalles tanto más dignos de ponderarse cuanto que en pleno siglo XVIII abrigan todavía los naturalistas serias dudas sobre esas cuestiones, incluyéndose a los citados Isis, a la Plexaureas, Leptogorgias y Espongiarios en los tratados de Botánica, cual si fuesen auténticas plantas.

Aristóteles tomó por tipo de los organismos zoológicos a los que observó en los animales superiores, pretendiendo explicar por analogía con los de éstos una parte muy considerable de los fenómenos nutri-

(1) *De Hist. Anim.*, lib. VIII, cap. I, párr. 13.

(2) *De Generat.*, lib. V, cap. VII, párr. 13.

(3) *De Hist. Anim.*, libro VIII, cap. XII, párr. 15.

(4) *Ibid.*, lib. VIII, cap. XV, párr. 7.^o

tivos y reproductivos de los crustáceos e insectos. Sus trabajos de Historia Natural están llenos de un antropomorfismo que indica bien a las claras el predominio que tenía la idea del hombre sobre todas las demás.

Tal es el concepto que nos hemos formado de las producciones zoológicas del que puede llamarse con justicia fundador de la Historia Natural.

Con respecto a sus doctrinas botánicas, sólo cabe atisbarlas a través de los escasos fragmentos publicados por Wimmer, ya que por desgracia ha desaparecido su *Teoría de las plantas*.

Aristóteles distinguió las plantas anuales de las perennes. Comparaba las raíces con los intestinos de los animales, y decía de ellas que absorbían los alimentos del suelo y que éste era para ellas lo que la cavidad abdominal para los seres sensibles.

Dedujo por analogía con el embrión de los animales que el del vegetal permanecía unido al grano por el cordón umbilical y la placenta, adelantando así una idea que sólo muchos siglos después tuvo su comprobación en la ciencia.

Las hojas desempeñaban solamente, según él, la misión de protectoras del fruto. Comparaba la caída de ellas a la muda de los pájaros y la atribuía a la falta de calor húmedo.

La coincidencia de semejantes fenómenos con la invernación de algunos animales no dejó de interesarle, sugiriéndole las preguntas siguientes: «¿Por qué no renacen los cabellos en el cráneo del hombre calvo, ni se renuevan como se renueva el follaje de los árboles y el pelo de los animales invernantes?» Y responde: «Porque el hombre lleva en sí mismo el invierno y el estío; las edades de su vida son sus estaciones. La vida de las plantas y de los animales se halla, por el contrario, íntimamente ligada a los períodos del año y a las estaciones propiamente dichas.» «¿Por qué—vuelve a preguntar—el grano de trigo produce siempre otro grano de la misma especie, y así en las demás plantas?» Esto, dice, no es evidentemente fruto del azar ni de una coincidencia fortuita, ni tampoco del influjo de los elementos, ni de la atracción y repulsión; hay en ello algo de premeditado, de racional, de divino, de eterno...

Según Aristóteles, la hembra representa a la materia, el macho al movimiento; los dos seres se hallan confundidos en la planta. Esta

doctrina, sólo verdadera cuando se refiere a las plantas hermafroditas, estaba fundada en el siguiente razonamiento: la planta vive exclusivamente para la producción del grano, y como ese fenómeno se verifica merced a la unión del macho y de la hembra, por eso están unidos ambos sexos en la misma planta.

He aquí, en síntesis, lo que ha llegado hasta nosotros de las ideas botánicas de Aristóteles. Felizmente, no le faltaron discípulos y herederos de su saber, como Faniás, Dicearco de Mesina y Teofrasto, que trasladaron a sus obras una parte muy considerable de los tesoros científicos que recibieran de los mismos labios de su maestro. A Faniás se debe la primera observación sobre la existencia de las criptógamas, consignada en las siguientes palabras: «Hay plantas—dice—que no tienen ni flores, ni órganos de fructificación aparente; tales son los hongos, los musgos y los helechos» (1). Dicearco de Mesina recorrió las montañas de Grecia comisionado al efecto por los sucesores de Alejandro Magno, y después de medir las alturas estudió las plantas de aquellas regiones; pero quien merece toda nuestra atención por habernos legado el monumento botánico más grande que debemos a la ciencia helénica es, sin duda alguna, Teofrasto, el autor de la *Historia de las plantas* y de las *Causas de las mismas*. Este discípulo de Aristóteles esboza ya en ellas todas las ramas de esa ciencia, aunque sus apreciaciones sobre la importancia de los órganos vegetales le desvían del verdadero camino que muchos siglos después vino a enseñarnos Linneo.

Teofrasto admite la noción de vegetal dictada por su maestro, y examina y discute en el primer capítulo de su *Historia de las plantas* cómo ha de tratarse ésta: «Las diferencias de las plantas—dice—y todo lo que atañe a su naturaleza debe deducirse de sus afecciones, generaciones y vida.» Teofrasto busca para sus estudios botánicos un fundamento a su juicio sólido y estable, es decir, partes u órganos del vegetal que no están sujetos a cambios frecuentes, y por este motivo rechaza como tales partes a la flor, musgo, hojas y frutos, y se acoge a la figura, aspecto, crasitud, levedad, y muy especialmente a la raíz, tallo, posición de los frutos y modo de estar dispuestos los ramos. Su

(1) Hoefer: *Histoire de la Botanique et de la Minéralogie et de la Géologie*, página 53.

primer libro es un ensayo de anatomía vegetal, y los restantes están dedicados a describir el mecanismo de la propagación de las plantas y las especies más comunes a las floras tropical y templadas, así terrestres como fluviales y marinas, y, en fin, al cultivo, utilidad, aprovechamiento y enfermedades de las mismas.

Entre las especies descritas con amplitud muy variable por este botánico encuéntrase la *Mimosa pudica*, el *Citrus limonum*, la *Trapa natans* y un *Anthemion*, en el cual dice haber observado el desarrollo de las hojas en sentido opuesto al de los demás vegetales.

También consigna el curioso fenómeno que llamó *caprificación*, comprobado muchos siglos después por Tournefort en las Islas del Archipiélago. Consiste en activar la maduración de los frutos de la higuera cultivada por medio de la picadura de insectos nacidos en otra silvestre conocida con el nombre de *epinos*. No prolongaremos más esta reseña porque nos alejaríamos del plan propuesto; pero sí nos detendremos en otra obra de Teofrasto que hace grande honor a su memoria: su *Tratado de las piedras* (1). En él estúdiense, breve y concisamente, los minerales más comunes y algunas rocas y fósiles, sentándose los primeros fundamentos de la Mineralogía, Geología y Paleontología.

«De los cuerpos—dice—que se forman en el interior del globo terrestre, unos traen su origen del agua y otros de la tierra. El agua es la base de los metales como el oro, la plata, etc.; la tierra lo es de las piedras preciosas y de las ordinarias...»

«Podemos creer que todos esos cuerpos han sido formados por concreción de una materia pura y homogénea, ya por efecto de un *afluxus* o filtrado, o por aislamiento de diferentes materias impuras a las cuales se hallaban unidas anteriormente. La densidad, transparencia, brillo y demás propiedades de los minerales, derivan de la diferencia de materia y de concreción. En fin, cuanto más perfecta es la concreción y más homogéneas las partículas, mayor será el número de propiedades peculiares que resulten de semejante pureza. Entre estas substancias unas deben su concreción al calor y otras al frío.»

Tales son las teorías mineralógicas que, a guisa de prólogo, antici-

(1) *Traité des pierres de Theophrasto, traduit du grec avec de notes physiques et critiques*, traduit de l'anglais de M. Hill. París, 1754.

pa Teofrasto en la obra de que nos ocupamos (1). Seguidamente trata de las aplicaciones de las piedras y de sus virtudes terapéuticas, tan prodigiosas como la de facilitar los partos, que atribuye a la piedra del Águila, creencia fabulosa que hoy mismo, después de veintitrés siglos, persiste todavía en muchos pueblos de España.

Las noticias más o menos detalladas acerca de los yesos, calizas y piedras preciosas ocupan lo restante de la presente obra.

He aquí, señores, una reseña breve de los orígenes de la Historia Natural y de su desarrollo entre los griegos.

Al pasar a los romanos el cúmulo de conocimientos atesorado por Aristóteles y sus discípulos, nuestra ciencia cambia por completo de rumbo en las obras de Plinio el viejo y Elius.

El primero trazó en los libros de su famosa *Historia Natural* un cuadro completo de las ciencias de aquella época. Comienza por la descripción general del Mundo, astros, constelaciones, cometas, elementos y meteoros. A continuación trata del hombre, de los animales terrestres y acuáticos, pájaros, insectos, etc., etc., y sigue la Botánica, en que se ocupa de los árboles exóticos, de las gomas y resinas, de los frutales, agricultura y granos que sirven de alimento al hombre, del lino y de la vid, de las hortalizas y sus aplicaciones médicas, de las coronas, de las abejas, de la miel y de la cera. Los últimos libros tratan de metales y sus aplicaciones.

La obra de Plinio está informada por un criterio peculiar que la separa por completo del plan aristotélico. Las consideraciones anatómofisiológicas que ocupan lugar preeminente en los escritos del gran filósofo y naturalista griego, o faltan por completo en los de Plinio, o quedan diluídas en medio de prolijos relatos que arrastran la imaginación a otros campos muy distintos.

Su tratado del hombre está presidido por una orientación original, que parece inspirada en los libros de Job.

Lejos de seguir la ruta de Aristóteles, Plinio dirige su mirada hacia la indefensión en que nace el ser humano, hacia sus necesidades múltiples y hacia los vicios que comienzan a germinar en él desde su misma niñez. «Los vegetales—dice—tienen sus cortezas, hojas y espinas que los protegen; los animales, sus corazas, lanas, escamas y plumas;

(1) Páginas 1, 2, 7, 9 y 13.

sólo el hombre nace desnudo y necesitado de vestidos, y mientras aquéllos poseen un sentimiento natural de su destino y las convenientes energías para emanciparse rápida y espontáneamente de la tutela paterna, el hombre carece de todo esto y sólo hace lo que se le enseña.

En una palabra: sólo sabe llorar. Todavía recarga Plinio las tintas de este cuadro, ya de por sí sombrío, lamentando las amargas que acibaran el espíritu del hombre y la sensualidad, avaricia y demás pasiones que agitan su corazón, arrebatándole la paz y el bienestar.

Con un criterio análogo escribe su Zoología expuesta en los libros VIII, IX, X y XI, y basada en la clasificación aristotélica de los animales, en *terrestres*, *aéreos* y *acuáticos*. Plinio recoge aquí gran parte del material contenido en las obras del maestro griego; pero falto del talento y espíritu observador de éste, extraviase por las selvas vírgenes de la fábula y pretende nutrir sus descripciones superficiales con relatos fantásticos acerca del entendimiento, memoria, clemencia y castidad de los elefantes, y de la propiedad que tienen muchos animales de mostrar al hombre las plantas de usos médicos o de servir de anuncio de cambios atmosféricos y de la proximidad de las borrascas, y nos habla del *masticora*, de cabeza de hombre y cuerpo de toro; del *catoblepas*, de mirada mortífera; del caballo alado y otros monstruos semejantes, cuyas noticias tomó, sin duda alguna, del historiador médico Otesius, sin sospechar siquiera el simbolismo de aquellos jeroglíficos observados por éste en la Persia.

El libro IX está dedicado a los animales acuáticos y se incluyen aquí los mamíferos pisciformes, los peces, los crustáceos y los moluscos. Plinio omite aquí los equinodermos y celenterios, de que se habían ocupado Aristóteles y sus discípulos, y reduce su trabajo a un acervo de noticias inconexas acerca de la fisiología de aquéllos, procedimientos para su captura, viveros de los mismos y aplicaciones industriales de que han sido objeto.

Más breve y deficiente resulta todavía el tratado de las aves. Cítanse en él unas veintitrés especies, comenzando por el avestruz, el ave fénix de la fábula, es decir, el emblema jeroglífico del sol; con el faisán dorado de la Cólchida, traído a Roma y presentado al pueblo el año 45 de la era cristiana durante la época del emperador Claudio. En cambio, su discutido *Tragopon*, descrito por él como un ave mayor que el águila y caracterizado por dos cuernos curvos, situados en los tempo-

rales, fué reconocido, a pesar de haberse negado su existencia, por el *faisán cornudo* de Bufon, o *Penelope satyra* de Gmelin.

He aquí, en síntesis breve, la obra zoológica de Plinio.

Digamos algo de su Botánica. El príncipe de los naturalistas romanos dedica nueve libros de su citada obra al estudio de las plantas; pero también aquí se aparta bastante de la ruta trazada por Teofrasto, la que, a pesar de sus deficiencias, era más racional.

Nos habla por primera vez del *sueño de las plantas* observado al parecer en una acacia de la Isla del Golfo Árábigo, y figuran asimismo en esos libros el *Ficus religiosa* de la India, el *Malus assyria* o *médica* y otras plantas exóticas, al lado de las palmas, terebintos, etc., etc.

Plinio dedica atención muy preferente a la vid, olivo, árboles forestales y resiníferos y a las plantas usadas por los romanos para tejer coronas.

Hay todavía el tratado sobre la naturaleza de los metales, que se reduce a un cúmulo de noticias incoherentes relativas a la época en que dió principio la estimación y aplicaciones de aquéllos, en especial del oro y plata, para usos médicos y fabricación de moneda. Con él termina la obra de Plinio, representante principal de los naturalistas romanos.

Basta un examen superficial de la misma para reconocer que se aparta por completo de la dirección y normas griegas. Plinio y sus compatriotas Elio, Oppio y Atheneo, prescinden de la mayoría de ellas en sus obras y relegan las restantes a un puesto completamente secundario.

Es verdad que se afanan por investigar las aplicaciones médicas y agrícolas de las ciencias naturales, imprimiéndoles así un carácter más práctico; pero, en cambio, pierden su aspecto científico la Zoología y la Botánica para convertirse en relatos amenos, saturados de leyendas populares. En este sentido, Plinio y sus compatriotas no pasan de meros recopiladores, muy recomendables literariamente, pero desposeídos del espíritu crítico de los griegos. Enfrente, pues, de la orientación lógica y racional comunicada a nuestra ciencia por Aristóteles y sus discípulos, preséntase ahora ésta que, por las razones citadas, sólo podía conducirla a un lastimoso y fatal decaimiento.

Tal era el estado de la Historia Natural en el siglo I de la era cristiana, cuando aparece la intervención española en su desarrollo.

III

Como acabáis de ver, las ciencias naturales hallábanse todavía durante esa época en estado embrionario, llamado a perseverar por espacio de algunos siglos. De ese alcázar hoy grandioso de la Historia Natural, erigido por los esfuerzos de tantos viajeros, de tantos investigadores y de tantos sabios, aparecía sólo un cimiento de materiales, podemos decir que informes, acumulados en someras zanjas abiertas por el genio griego. Era, pues, necesaria una labor perseverante y prolongada para recoger y conservar cuidadosamente las antiguas enseñanzas, para irlas depurando de inexactitudes y errores, para emprender nuevas exploraciones en los dilatados y casi vírgenes campos de esa ciencia, y formar con los frutos de semejantes campañas un conjunto armónico de verdades que hiciesen de ella una disciplina autónoma, con su fisonomía propia y sus métodos y procedimientos peculiares. Esa labor dió principio en España a mediados del siglo I de la era cristiana; se suspende por espacio de cuatro centurias y vuelve a reanudarse en el siglo VI para continuar sin la menor interrupción hasta la edad moderna.

Las aportaciones españolas a tan laudable empresa vienen por cauces muy distintos y al parecer separados. Encuéntrase unas veces en obras de conjunto; otras, en libros de cetrería; otras, en los escritos de albéitares, o en estudios de Agricultura, o en tratados de Geografía, o, finalmente, en relatos de viajeros y exploradores.

La primera personalidad española que figura al frente de la Historia de las Ciencias Naturales es la del insigne gaditano Lucio Junio Moderato Columela. Educado esmeradamente en la culta Gades, bajo la dirección de su tío Marco Antonio Columela, heredó de éste una verdadera pasión por los estudios agrícolas en los cuales fué iniciado desde su misma niñez.

Hacia los veinticinco años partió para Roma, después de haber viajado por España, y allí tuvo cordial acogida y amigos tan leales como Publio Silvino y Lucio Anneo Novato, hermano de Séneca. Estimulado por el primero de éstos, concibió el proyecto de escribir su gran obra *De Re Rustica*, y con objeto de prepararse debidamente para llevar a cabo tan magna empresa, recorrió Francia, Italia, Grecia,

Asia Menor y parajes inmediatos. También visitó las costas de Africa, deteniéndose en las cercanías de Cartago para seguir paso a paso las explotaciones agrícolas descritas por Magon en su *Tratado de Agricultura*. Provisto de riquísimo caudal de observaciones y experiencias, Columela vuelve a Roma para ordenarlas y redactar sus libros *De Re Rustica*, cuyo prefacio, dedicado a Publio Silvino, bastaría para inmortalizar el nombre del autor.

«Con frecuencia—dice Columela (1)—oigo a los primeros hombres de nuestra ciudad (Roma) culpar unas veces la esterilidad de los campos, otras la intemperie que se nota en el aire de mucho tiempo acá como perjudiciales a los frutos. También oigo a algunos mitigar estas quejas con una razón, cierta a su parecer, pues piensan que la tierra, fatigada y desubstanciada con la excesiva fertilidad de los primeros tiempos, no puede dar alimento a los mortales con la abundancia que lo daba entonces. Cuyos motivos, Publio Silvino, tengo por cierto que están muy lejos de ser verdaderos; lo uno, porque no es justo creer que la naturaleza de la tierra, dotada por el Creador del mundo de una fertilidad perpetua, haya sido invadida por la esterilidad, como pudiera serlo por una especie de dolencia; lo otro, porque no es propio de una persona sensata pensar que la misma tierra se ha envejecido como el hombre, habiéndole cabido en parte una juventud divina y eterna, y llamándola madre común de todas las cosas por haberlas producido siempre y haberlas de producir en adelante. En vista de lo cual no pienso que nos han sucedido estas cosas por la intemperie del aire, sino más bien por culpa nuestra, pues hemos puesto el cultivo de nuestras tierras a cargo del peor de nuestros esclavos, como si fuera un verdugo que las castigara por delitos que hubieran prometido, siendo así que nuestros antepasados mientras mejores eran ellos mejor las trataron.» Así comienza el prólogo de este gran monumento, cuyas primeras páginas revelan ya el profundo conocimiento de la naturaleza que tenía Columela.

De los doce libros que componen la obra, los cuatro primeros están dedicados a las explotaciones agrícolas y cultivo de la vid; el quinto, al olivo, granado, nogal, manzano y ébano de Europa o *Cyti-*

(1) *Los doce libros de Agricultura de Lucio Junio Moderato Columela, nuevamente impresos con la biografía del autor*, por Vicente Tinajero. Madrid, 1879.

sus laburnum; el sexto, a los bueyes, caballos y mulos; el séptimo, al ganado asnal, lanar y de cerda; el octavo, a las gallinas, palomas, tórtolas, zorzales, pavos, gansos, patos y peces, y el noveno, a las abejas.

Los detalles descriptivos, tanto botánicos como zoológicos, son escasos, pero de gran valor por su exactitud.

A pesar del relevante mérito de esta obra, reconocido por los contemporáneos de Columela, no faltaron a éste detractores y émulos como Renato Vegecio, Palladio, y sobre todo Plinio, que siendo tan pródigo en referencias y elogios de otros autores griegos y romanos, guarda, sin embargo, un silencio sospechoso cuando se trata de nuestro gaditano. En cambio, Casiodoro y San Isidoro de Sevilla le hicieron justicia, colmándole de alabanzas y recomendando su obra.

Nuestros compatriotas Ruiz y Pavón perpetuaron la memoria de Columela, dedicándole el género *Columellia*, tipo de las *Columeliáceas*. Sigue a éste como continuador de sus estudios agrícolas, botánicos y zoológicos, Cayo Julio Higino o Higinio, hijo de Valencia. Liberto primeramente de Octavio Augusto, desempeñó después el importantísimo cargo de prefecto de la Biblioteca de Roma. Su obra de Agricultura, de los animales y de las aves (1), es un arsenal de datos curiosos que viene a continuar la de Columela. A partir de ella, parece extinguirse el movimiento científico en los pueblos civilizados, atrofiado sin duda por el ambiente de molicie y corrupción que nuestro Columela describe ya con estas palabras (2): «Todos los padres de familia (como ya se quejó Marco Varron en tiempo de nuestros abuelos), después de haber dejado la hoz y el arado, nos hemos metido de murallas adentro y movemos más bien las manos en los circos y en los teatros que en las mieses y en las viñas, y admiramos atentos los gestos de los afeminados porque contrahacen un sexo que la naturaleza ha negado a los varones y engañan a los ojos de los espectadores. En seguida, para ir bien preparados a los lugares de disolución, cocemos en las estufas nuestras indigestiones diarias, excitamos la sed provocando el sudor y pasamos las noches en liviandades y borracheras, y los días en jugar y dormir, teniéndonos por afortunados con no ver salir ni

(1) *De Agricultura, de animalibus, de avibus et de animalibus volatilibus.*

(2) *De Re Rustica*, cap. I, pág. 5.

ponerse el sol (1). Y así la consecuencia de esta vida indolente es la falta de salud, pues están los cuerpos de los jóvenes tan extenuados que no parece que queda a la muerte mudanza alguna que hacer en ellos.»

Como comprenderéis muy bien, señores congresistas, semejantes ciudadanos sólo podían conducir al imperio de los Césares a su total degradación y ruina, como hacen hoy en las naciones civilizadas tantos y tantos a quienes vienen como anillo al dedo las fustigadoras frases de Lucio Columela.

Después de Cayo Julio Higino no vuelve a presentarse por espacio de varios siglos más naturalista ni apenas más escritor en España que Rufo Festo Avieno, nacido en Talavera de la Reina. Su *Descriptio Orbis*, su *Orae Maritimae* y algunos trabajos más, redactados en el siglo IV, reinando Teodosio, nos ofrecen algunas noticias aisladas sobre animales y plantas (2).

Es necesario llegar hasta el último tercio del siglo V para encontrarnos aquí con la excelsa figura de San Isidoro de Sevilla. Este hombre providencial condena en sus veinte libros titulados *Etimologías*, no solamente los conocimientos científicos de las generaciones que le precedieron, sino también los frutos de su talento prócer que irradia con frecuencia destellos luminosos sobre todas las disciplinas del saber humano.

El plan de su obra es más vasto que los de Aristóteles y Plinio, aunque su desarrollo resulte menos profundo. Nuestro santo se ocupa de Gramática, de Retórica, de Aritmética, de Música y Astronomía, de Sagrada Escritura y del Calendario, del Arte de navegar, del hombre, de los animales y vegetales y minerales, de Agricultura, y, en una palabra, de todas las ciencias divinas y humanas.

El eximio arzobispo escribió sus libros para una sociedad que aparece en la Historia después de un período larguísimo de indigencia científica, y con una visión luminosa de la realidad le ofrece una enciclopedia sencilla, clara y concisa de todos los conocimientos humanos,

(1) *De Re Rustica*, lib. I, cap. I, págs. 7 y 8.

(2) *Ruffi Festi Avieni opera quae extant D. Petrus Melian sic conventus Guatemalengo Novae Hispaniae, Regius Auditor, Collegit et Bibliotheca Dr. Laurenti Ramirez de Prado, M.DCXXXIV.*

perfectamente adaptada a las inteligencias, por decirlo así, infantiles, de sus contemporáneos.

Para fomentar su cultura y educar su gusto literario expóneles los fundamentos de la Gramática y Retórica; para iniciarles en el conocimiento de las ciencias, les presenta substanciosos compendios de Física, Medicina e Historia Natural, y, en fin, para fortalecer su fe y fomentar su moralidad, las verdades de la Sagrada Teología.

Concretándonos a los trabajos de Historia Natural, comienza su tratado del hombre por las nociones fundamentales de naturaleza y vida y pasa después a describir los elementos anatómicos del mismo y las funciones fisiológicas y las facultades y actos de la mente, trazándose así un cuadro de aquél, completo, racional y exento de las aberraciones del famoso Plinio.

San Isidoro sentó por primera vez este principio axiomático que preside toda su obra: «*nisi enim nomen scieris cognitio rerum perit*» (si no supieres el nombre de las cosas, perecerá el conocimiento de las mismas), y con arreglo a él, toma siempre por punto de partida de sus definiciones la etimología de la palabra, y de aquí el título de *Libros de las Etimologías* que figura al frente de aquélla. Vida, dice, recibe este nombre por el vigor o porque tiene virtud de nacer y crecer; de aquí el que se afirme que los árboles tienen vida porque son engendrados y crecen. Naturaleza, en latín *natura*, así llamada porque hace nacer algo. Es poderosa para engendrar y para obrar. Hombre, de *humus*, por haber sido hecho de la tierra. Por extensión se dice de todo el hombre, o sea del compuesto formado por la unión substancial del alma y el cuerpo; los griegos le llaman *antropos*, porque, elevándose sobre la tierra, mira al cielo para contemplar al Creador. Alma o *anima* se dice porque vive; mente, por su eminencia sobre las demás potencias, por lo cual no se llama mente al alma, sino a lo que en ella sobresale como cabeza u ojo.

Visus, vista, es lo que llaman los filósofos humor vítreo. La visión es producida, según afirman unos, por la externa luz etérea o, en sentir de otros, por un espíritu o flúido interno y lúcido que, viniendo del cerebro por vías tenues y penetrando las tónicas oculares, sale al exterior, dando lugar a la visión por la mezcla de semejante materia. *Visus* o vista, así dicha por ser más vivaz que los otros sentidos y más excelente, como la memoria entre las facultades a ella vecinas. Son los ojos

reflejo del ánimo, y de aquí el que aparezcan en ellos la cólera y alegría, del mismo...

Siguiendo el método aristotélico, continúa San Isidoro con la descripción de los órganos y partes constitutivas del hombre, así exteriores como interiores, para hablarnos después de los gigantes y pigmeos, de los cíclopes, con un ojo en la frente, y de los acéfalos, que tienen los ojos y la boca en el pecho. Rechaza la fábula de las sirenas y cancheros, pero admite con Plinio la existencia de las transformaciones monstruosas.

Su tratado de los animales comprende ocho capítulos, dedicados, respectivamente, a los animales domésticos, a los salvajes, a las serpientes, gusanos y peces, a las aves y los volátiles diminutos, en los cuales incluye las abejas, escarabajos, cicindelas, cucarachas y mariposas.

Aunque las agrupaciones resultan arbitrarias, no por eso dejan de ofrecer interés los detalles correspondientes a cada uno de los tipos.

La Botánica ocupa el libro XVII de las *Etimologías*, y en ella trata su autor de los escritores que se han ocupado de Agricultura, del cultivo de los campos, de los cereales y legumbres y en especial de la vid, a la que dedica un capítulo interesante, en el cual consigna algunos datos organográficos y las variedades de aquella entonces conocidas.

Los capítulos restantes están consagrados a los nombres de los árboles, a su anatomía, a los árboles aromáticos que producen oleorresinas, a las hierbas aromáticas y a las hortalizas. Abundan en ellos datos muy curiosos relativos a la geografía botánica y a los usos médicos y demás aplicaciones de los vegetales. Véase como ejemplo la descripción del Azafrán, en latín *Crocus*, así llamado de un lugar de Cilicia conocido con el nombre de *Coritio*, aunque nace también en otros sitios, pero no con la abundancia y calidad del de éste; de aquí el que haya tomado su nombre de la localidad principal, pues muchas producciones han recibido sus nombres de aquellos parajes que las dan más copiosas y exquisitas. Se considera de calidad superior el reciente, de buen olor, poco blanco y de longitud prolongada; íntegro y no fragmentado, que deja señal en las manos al comprimirlo y ligeramente acre. Si careciere de estas condiciones, o es viejo, o ha sido ya usado, se le adultera mezclándole con algún perfume, y para aumentar su

peso añádenle espuma de plata pulverizada, todo lo cual se manifiesta al encontrarle pulverulento y también inodoro después de la decocción. He aquí una muestra de las descripciones botánicas de San Isidoro, y al mismo tiempo una prueba de la antigüedad de esas falsificaciones alimenticias que hoy tanto lamentamos.

A San Isidoro corresponde la gloria de ser uno de los primeros, si no el primero, que dió a conocer la planta que describió siglos después Linneo con el nombre de *Rheum Raponticum*, de la familia de las *polygonaceas*, para distinguirlo del *Rheum Indicum*.

Tiene todavía la Historia Natural del prelado sevillano un libro dedicado a los minerales, que es el XVI de las *Etimologías*. En él se ocupa de la composición del polvo, de las piedras que llama vulgares, de los mármoles, de las gemas y de los metales entonces conocidos. Ensayo una clasificación de las piedras preciosas por sus colores (la primera que aparece en los anales de nuestra ciencia), y consigna datos curiosos sobre el azufre y sus variedades, sobre la sal y la piedra del Águila, de la que afirma, siguiendo a Teofrasto, que posee, entre otras virtudes, la de facilitar el parto de las mujeres.

La obra del gran prelado hispalense ejerció una influencia benéfica, de importancia extraordinaria, sobre la cultura española de la Edad Media. Su amplitud comprensiva de todos los conocimientos humanos de entonces, el método y rigor lógico de la exposición, el estilo claro y conciso y la maestría con que supo presentar y resolver todas las cuestiones, hicieron de ella un monumento educativo de primer orden, que fué admirado por las generaciones todas que le sucedieron.

Autores extranjeros han osado afirmar que estos libros no pasan de ser una recopilación de Aristóteles y Plinio (1), y esto es inexacto.

Basta una ojeada al tratado del hombre para advertir en seguida que hay en él algo personal que no encontraremos en Aristóteles ni en ningún otro naturalista griego o romano. Prescindiendo de los conceptos fundamentales de naturaleza, vida, etc., que figuran como base da aquél, y de la genial ocurrencia de las etimologías que ningún otro tuvo, la descripción que nos presenta del hombre abarca en su conjunto no sólo los caracteres físicos asignados por el naturalista de Estagira, sino también los mentales, de que éste prescinde, al menos en gran

(1) Véase, entre otros, a Hoefler, *Histoire de la Zoologie*, pág. 154.

parte. Y con respecto a Plinio, bastará recordar lo que arriba hemos dicho para convencernos de que su antropología, si así puede llamarse, no admite ni comparación siquiera con la del arzobispo hispalense. Un juicio muy semejante cabe formar acerca de la zoología, botánica y mineralogía contenidas en los *Libros de las Etimologías*. No son éstas ni aquél piélagos de ideas que abruma y fatigan la inteligencia en la *Historia de los Animales*, de Aristóteles, ni mucho menos la selva de leyendas y relatos peregrinos de Plinio; San Isidoro tuvo el don de escoger, por decirlo así, el grano de la ciencia antigua y presentarlo a la posteridad, expurgado y limpio. He aquí su gran mérito.

A partir de él, la civilización hispanorromana queda sepultada bajo las ruinas del imperio godo, y sobre éstas viene a establecerse la de los árabes, españoles, que concretándonos a la Historia Natural, tiene ya su representante en el siglo IX, en Abu David Soleiman ben Hassan, conocido vulgarmente con el nombre de *Golgol* o *Giolgiol*. Este cordobés ilustre corrigió las obras de Dioscórides, adicionándolas con noticias interesantes sobre nuevas plantas medicinales, que no constaban en aquéllas.

Un siglo después aparecen Ebu Kotaibah y Abu Zacarías Iaia, granadino el primero y sevillano el segundo. Ambos escribieron sobre Agricultura, y el segundo comprobó en Andalucía muchas de las experiencias citadas por Columela. Tiene todavía este escritor un mérito que por sí solo le conquistará siempre un puesto preeminente en la Historia de las Ciencias Naturales: es el de haber revelado por vez primera la existencia de la *partenogénesis*, y en especial de la *arrenotoquia*, fenómeno que, considerado por muchos siglos como una fábula, ha venido a tener en el siglo XIX confirmación completa.

Sigue a éstos, R. Mosech Maiemon, apellidado Ramban y Maimonides, nacido en Córdoba el año 1131. Este médico famoso, a quien llamaron también *el egipcio*, acreditó su competencia de naturalista no sólo en la obra sobre plantas medicinales, animales y piedras, que fundadamente se le atribuye, sino además en un *Tratado de los venenos* y otro de *Higiene*, donde aparece patente su dominio de la Botánica.

Debe citarse también aquí el nombre de Abu Moamed ben Ahmad Dhialedin, por sobrenombre el *Beithar*, hijo de Málaga, donde vió la primera luz en 1216. Su «Grande colección de medicamentos y ali-

mentos simples» contiene noticias de interés botánico y zoológico y los primeros datos que se conocen acerca de peces de las costas de Andalucía.

Con él puede afirmarse que se cierra el ciclo de los naturalistas de su raza que merecen figurar en la historia de nuestra ciencia.

Realmente, y a pesar de los muchos elogios tributados a su cultura, la Historia Natural no les debe progreso alguno de importancia. Aun hallándose en contacto con las grandes Academias griegocristianas de Antioquía, Damasco y Beirut, fué muy poco lo que de ellas lograron asimilarse, porque el aislamismo, esclavizándolos al Corán, cortaba sus vuelos, y por otra parte aquellas imaginaciones orientales, siempre propensas a lo fantástico y maravilloso, eran un obstáculo para la observación paciente y serena de los fenómenos botánicos y zoológicos.

He aquí las causas de que no pasasen los árabes de meros recopiladores de la ciencia antigua en materias como la presente.

Antes de finalizar el siglo XII se nos presenta en España la interesante figura del judío Benjamín de Tudela, explorador famoso, a quien corresponde sin duda alguna la gloria de haber sido el iniciador de los grandes viajes realizados por los hijos de la Iberia. Este hombre, verdaderamente arriesgado, partió de la Península el año 1160, recorriendo Italia, Grecia, Asia Menor, Palestina, Mesopotamia, Egipto, Persia, India y China. En 1173 regresó a su patria, escribiendo su famoso *Itinerario* (1), lleno de curiosísimas noticias sobre los países recorridos. Aunque se ocupa principalmente del estado social y político de los países que visitó, de los centros culturales, monumentos, etc., tampoco faltan datos muy valiosos acerca de las razas de dichos países, y también de las producciones botánicas, sobre todo de Quilón en la costa malabar y de la isla de Kis.

Al comenzar el siglo XIII reanúdanse en España las tradiciones isidorianas, y la raza ibérica, despertando, por decirlo así, de la impresión de sorpresa y aniquilamiento producidos por la avalancha sarracena, vuelve de nuevo a dar muestras de su actividad intelectual en las ciencias naturales.

(1) Recientemente ha sido publicado en Madrid con este título: *Viajes de Benjamín de Tudela por primera vez*, traducidos al castellano con introducción, aparato crítico, anotaciones y tres mapas por Ignacio González Lluvéra, 1918.

En los primeros años del citado siglo el Rey D. Alfonso X de Castilla ordena escribir un libro de montería a Santiago Palomares, y éste cumple su cometido, consignando detalles acerca de los *canes* y de los montes, de gran utilidad para la Historia Natural (1).

Poco después aparecen las grandes figuras del mallorquín Raimundo Lulio y del catalán, según algunos, y valenciano, según otros, Arnaldo de Villanova. El primero nos dejó importantes materiales zoológicos, botánicos y mineralógicos en su tratado *De miraculis coeli et Mundi*, y el segundo en su *Thesaurus Thesaurorum*, y en otros escritos que acreditan su gran competencia en los diversos ramos de las ciencias naturales.

Por los años de 1270 a 71 aparece el célebre *Tesoro de Bruneto*, vertido del latín al castellano en 1300, y compuesto, según algunos, por un escribano español llamado Gonzalo González de San Clemente, como reza el códice de El Escorial. Este libro, que tiene al frente en el códice de la Biblioteca Real el nombre de Alfonso X el Sabio, como autor del mismo, es un tratado completo de Zoología, sobre todo en lo que se refiere a mamíferos, aves, reptiles y peces entonces conocidos. La multitud de copias sacadas de esos manuscritos demuestran bien a las claras su gran difusión y el interés que inspiraron en los siglos medios a los aficionados a la Historia Natural.

Hay todavía un trabajo del mismo siglo XIII digno de mencionarse aquí por su mérito excepcional desde el punto de vista etnográfico. Se trata de un manuscrito de Geografía anónimo e inédito existente en la Real Biblioteca de Palacio (2). Es una descripción de la Tierra inspirada en las normas de Ptolomeo y en posteriores descubrimientos.

El autor atribuye a la influencia de los astros y climas la distribución de las razas humanas en la superficie del Globo y sus diferencias correspondientes, así en el orden físico como en el intelectual, moral y sociológico. Partiendo de semejantes principios traza un cuadro de aquéllas, tan complejo y acabado que se hace necesario llegar hasta Linneo para dar con algo que pueda comparársele.

(1) Existe manuscrito el presente trabajo en la Biblioteca Real de Palacio, y de él tomó D. Marcos Jiménez de la Espada el extracto que tenemos a la vista.

(2) Copia de Jiménez de la Espada, que tenemos a la vista.

Siguiendo la marcha de la actividad intelectual española durante la Edad Media, nos encontramos en el siglo XIV con el *Libro de la caza de las aves, de sus plumajes, dolencias y melecínamientos*, escrito por Pedro López de Ayala (1), y abundante en curiosos detalles, sobre todo en lo referente a las rapaces; con el *Libro del conocimiento de todos los reinos y tierras y señoríos que son por todo el mundo* (2), obra de un viajero-anónimo, que partiendo o figurando partir de Sevilla el año 1305 recorre Francia, Inglaterra y Noruega, parte de Africa y de la India. Y en sus relatos intercala noticias de interés para el naturalista y nos habla de la gran abundancia de gerifaltes y halcones y de osos blancos y de otros animales (3) existentes en los montes escandinavos, y de árboles de Escocia *que producen aves* (4) y del aspecto de las tierras africanas y de las costumbres de sus moradores; nos encontramos también con el *Tratado de la visitación y consejo de los médicos, De visitatione et consiliatione medicorum* (5), del maestro Estefano, que aparte de sus enseñanzas de Anatomía, Fisiología e Higiene humanas, ofrece para el naturalista datos de positivo valor acerca de cuadrúpedos, aves y peces.

Quedan todavía para remate del presente resumen de nuestra literatura históriconatural algunas producciones valiosas que coronan, por decirlo así, la obra de los españoles en la Edad Media. La primera es una traducción del maestro Diego de Toledo, titulada *La materia medicinal de Dioscórides*, versión árabe rubricada en hebreo (6). El rabino citado hace constar en el prólogo la gran dificultad que ofrecía el manejo de la obra dicha, por la falta de orden en la dis-

(1) Manuscrito de la Real Biblioteca de Palacio. Extracto de Jiménez de la Espada.

(2) Manuscrito de la Real Biblioteca de Palacio. Extracto de Jiménez de la Espada.

(3) «En las montañas de Noruega crían muchas aves gerifaltes, e azores falcones; otrosy crían muchas alemanas (alimañas), fuertes javalines blancos» (osos blancos).

(4) «En ysla hibernia (Escocia) avía árboles que la fruta que levavan eran aves. E estas aves eran muy sabrosas de comer, quier asadas quier cosidas.»

(5) Manuscrito de la Real Biblioteca de Palacio. Extracto de Jiménez de la Espada.

(6) Manuscrito de la Real Biblioteca de Palacio. Extracto de Jiménez de la Espada.

tribución de las materias, y con el fin de resolverla y de difundir además entre los individuos de su raza el único recurso que había entonces en cuestiones terapéuticas acometió la empresa de traducirla al hebreo y ordenarla del modo más conveniente para que los médicos y herbolarios pudiesen con más facilidad aprovechar sus enseñanzas.

El maestro Diego de Toledo era también un sabio botánico que sostuvo con Arnaldo de Villanova activa correspondencia sobre plantas, y así lo acreditan las cartas de éste existentes, según Jiménez de la Espada, en la Biblioteca de Toledo.

Mayor interés tiene para nosotros todavía, aun hallándose incompleto, el *Tratado anónimo e inédito de Geografía*, escrito en castellano el año 1450 (1). Su autor se propuso, sin duda alguna, reunir en él cuantas noticias se sabían entonces acerca de las producciones naturales de todos los países conocidos, legándonos con este motivo un arsenal de preciosos datos relativos a los habitantes de los diversos climas, a ciertos animales, según parece fabulosos, como la *Samar-da*, que dice semejarse a un simio, y el *Rroque*, que resulta el grifo de *Las mil y una noches*, de que habla Marco Polo; a los pozos de nafta de las islas de Cin al cinamomo y al árbol del alcanfor de estas mismas.

Detiéndose muy particularmente en todo lo que se refiere a la formación y desarrollo de las perlas y a los procedimientos para su pesca en los mares de China y de la India, y nos habla de la piedra del oro de esas regiones y de la que embebe el aceite, llamada por esto piedra del aceite, y de la piedra imán y de los rubíes y otras piedras preciosas, y continúa mencionando después los árboles del incienso y de *nitrío* y el sándalo y ruibarbo y jengibre y otras plantas de las regiones orientales, y hace lo mismo con la fauna de reptiles, peces y mamíferos, consignando con este motivo observaciones de gran interés por lo atinadas y exactas.

Sin embargo, no puede substraerse el anónimo autor a la influencia del ambiente, y así nos acoge la fábula de los árboles productores de aves y la no menos original de los *medios hombres*, es decir, de una

(1) Manuscrito de la Real Biblioteca de Palacio. Copia de Jiménez de la Espada.

raza humana, cuyos individuos constaban solamente de *medio cráneo, medio tórax, un brazo y una extremidad inferior*.

A pesar de esto, el presente trabajo merece un puesto de preferencia en los anales de la Historia Natural española.

No queremos dar fin a esta síntesis de nuestra Historia científica sin dedicar siquiera un recuerdo a uno de los viajeros que tuvo España en el siglo xv. Nos referimos al sevillano Pedro o Pero Tafur, explorador incansable, que se dió a la vela en Sanlúcar de Barrameda a principios de diciembre de 1435, y pocos días después tomó parte en el desgraciado lance que costó la vida a D. Enrique de Guzmán, conde de Niebla, en las inmediaciones de Gibraltar.

Las andanzas de Tafur desde su embarque el año 1435 hasta 1439, en que regresó a Sevilla, constituyen un relato (1) lleno de atractivo por los mil episodios ocurridos durante su peregrinación por Francia, Italia, Turquía, parte de Africa y Palestina hasta la India. Aunque muy minucioso al referir las costumbres de los pueblos que visitó, es bastante parco en lo que se refiere a la Historia Natural. A pesar de ello no es difícil encontrar detalles tan interesantes como la descripción que hace de los tártaros, cuando dice que son *pequenos de cuerpo e anchos de espaldas e las frentes muy anchas e los ojos chiquitos, e aun dicen que los más deformes son los más fidalgos. No comen pan que no lo cojen, sino arroz con leche de camello, e carne de caballo que cuando cabalgan en la guerra la llevan ésta al costado del caballo...*

El camello, el elefante africano y la jirafa son para él objeto de más detenido estudio. Nos refiere asimismo con motivo de su recalada en Cepta (Ceuta) que aquí se criaban «más leones reales que en parte del mundo e puercospines e ximios e onzas e osos e puercos infinitos», y nos habla también de la multitud de comadreas de Damieta y de los gatos y papagayos de la India y de muchos árboles curiosos que vió en aquellos países. Tal es, señores congresistas, el contenido del *Itinerario* de Pedro Tafur, con el cual puede decirse que termina la primera época de la Historia Natural en España.

(1) Manuscrito de la Real Biblioteca de Palacio. Extracto de Jiménez de la Espada.

IV

Señores: No queremos abusar por más tiempo de vuestra paciencia, ya bastante probada, y así vamos a dar fin a nuestro discurso con breves reflexiones que brotan espontáneamente de cuanto arriba hemos dicho.

Como habéis visto, la Historia Natural es, a no dudarlo, una de las ciencias más antiguas, pero a la par de marcha más lenta y prolongada.

Evoluciona paralelamente a las distintas épocas de su desarrollo, y refleja con exactitud la vida de los pueblos que la cultivan y el carácter distintivo de cada uno de éstos. Los griegos la estudian en su aspecto científico; los romanos desatienden esta dirección, y buscan su aspecto práctico, recogiendo por otro lado cuantas leyendas habría creado la imaginación popular en los países a ellos sometidos. Los árabes acentúan este impulso, y buscan en las plantas y animales las medicinas para sus dolientes, y en los relatos fantásticos el material para sus creaciones literarias.

Los teólogos y místicos acuden también a la Historia Natural para echar mano de sus fábulas como símbolos explicativos de los misterios de la religión, creando con este motivo los famosos *bestiarios*, *volucrarios* y *lapidarios*, y finalmente los españoles, dirigidos por San Isidoro, vuelven a la senda aristotélica, atrayendo aquélla a su verdadero cauce.

Las ciencias todas hallan su refugio durante la Edad Media en los conventos de los monjes, y surgen entonces figuras tan excelsas como las de los dominicos Alberto el Grande y Vicente de Beauvais, por sobrenombre el Plinio de la Edad Media, que siguiendo las gloriosas tradiciones de Ruban Maur, célebre abad de Fulda; de Walafrid, abad de Reichenau, y de otros muchos, abren a la Historia Natural nuevos horizontes, comunicándola vigoroso impulso, al que contribuyen eficazmente nuestros reyes e infantes, como Alfonso X y D. Juan Manuel, señor de Villena, nuestros albéitares y escritores de montería, nuestros médicos y geógrafos, y por último nuestros viajeros y exploradores, como Benjamín de Tudela y Pero Tafur. He aquí, señores congresistas, la síntesis, muy deficiente por cierto, de los orígenes de la

Historia Natural y de las primeras manifestaciones de esta ciencia en España:

Señores: Nos habíamos propuesto trazar un cuadro lo más fiel y acabado posible, y desgraciadamente el pincel ha resultado en nuestras manos una *brocha gorda*; perdonad nuestra torpeza, y así aparecerán más patentes vuestra bondad y benevolencia.

HE DICHO.

Sección 5.^a

CIENCIAS SOCIALES

DISCURSO INAUGURAL

POR

JOSÉ CRESPO SALAZAR

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Neocomunismo y neosocialismo.

I.—CONSIDERACIÓN PRELIMINAR.

En el preciso momento de comenzar a escribir el presente trabajo siento gravitar sobre mí el angustioso peso de la responsabilidad que contraigo al pretender acometer tamaña empresa, sin duda alguna superior a mis pobres fuerzas, y la pluma, como avergonzada de su limitación, pide benevolencia a todos y lamenta carecer de aquella galanura y exquisitez espiritual necesaria para corresponder dignamente al inmerecido y señalado honor de que ha sido objeto invitándola a desarrollar el Discurso inaugural de la Sección de Ciencias Sociales de este IX Congreso científico, el cual, además de su saludable influjo y trascendencia en el progreso de los distintos dominios del saber universal humano, brindará la ocasión propicia de intensificar la labor de aproximación ibérica, estrechando los lazos existentes entre los dos pueblos hermanos, para que en algún día anhelado (y dejando a salvo la personalidad política de cada uno) recobren conciencia de su común destino histórico.

Reciban mi más afectuoso saludo todos los ilustres congresistas nacionales y extranjeros, ante cuyos méritos científicos me siento obligado a rendir pleitesía de admiración devota y entusiasta.

Es ya, señores, un lugar común el afirmar que estamos en un período crítico de la historia. Recargado de tintas sombrías se nos ofrece el actual cuadro de Europa: mientras unos pueblos se descomponen

de una manera trágica, otros, en período constituyente, apenas destacan el perfil de su nueva configuración en el general desconcierto. La pasada guerra mundial ha desplazado el eje de todos los valores, y la Humanidad, perdido el ritmo de vida y falta de unidad interna, no encuentra, en medio de tanta zozobra y dinamismo desbocado, un sólido cimiento donde descansar, recobrando el equilibrio espiritual y la armonía y serenidad clásicos.

Ya no se aceptan de nadie interpretaciones de la vida. La presuntuosa actividad de nuestro amor propio anda a la caza de un resorte, gesto o estremecimiento nuevos, y empleamos el sofisma, la paradoja y el sarcasmo como poderes supravertales, precisamente porque se ha roto la unanimidad intelectual y afectiva de un propósito común.

Todos los valiosos principios rectores o normativos de la vida y del pensamiento humanos, legados por el Renacimiento y el Humanismo, se dice que han quebrado. El mundo ha se desdoblado en un caos de sinrazones recíprocas difícilmente reducible a orden, ni aun por el socorrido y eficaz expediente del contrato en el sentido epicúreo, o sea por la transacción utilitaria que evita males sinalagmáticos. Nos hallamos, pues, en una época polémica, hipercrítica, donde lo más sugestivo y encantador no serán precisamente las soluciones que se formulen, sino la dramática expectación del futuro.

En otra consideración, los siglos humanistas, no obstante proclamar el autocentrismo individual, se olvidaron de mejorar el hombre —jugaron al humanismo—, y lejos de comprender que «el alma de toda reforma es la reforma del alma», se afanaron solamente por reformar el medio, o, lo que es lo mismo, fijaron la clave de los problemas en elementos extrahumanos o en consideraciones extrínsecas al sentido de humanidad, y así, por ejemplo, los *intelectualistas* eligieron como sede del problema la ciencia; otros la fe, como los *teólogos*; otros la autoridad, como los *conservadores*; otros la libertad, como los *anti-autoritarios*; quién la moral, como los *pietistas*; ya la naturaleza, como Rousseau y los *románticos*; ya el placer, como los *hedonistas*; la belleza, como los *estetas*; la acción, como los *pragmáticos*, y ya, en fin, la dictadura del proletariado, como los *socialistas*...

En este *mare magnum* el hombre de más ilusiones tiene que hacerse la amarga pregunta de si será cierto que ha fallado toda nuestra ci-

vilización, como afirma Oswald Spengler en su célebre obra *La decadencia de Occidente* (1).

Que la ideología occidental se halla en bancarrota es una frase que ha hecho fortuna y que hoy repite todo el mundo.

Pero, para los que vemos en la historia un proceso ascendente de superación, no hay tal decadencia, ni puede hablarse de ella con respecto al ideal de la conciencia universal, donde las unidades morales son las supremas. Lo que ha hecho crisis en Europa han sido precisamente los elementos orientales por ella asimilados, como el panteísmo y toda la dogmática política, social y militar negadora de la individualidad humana.

No hay que tomar el todo por la parte, ni la decadencia de la civilización por la decadencia de la vieja organización económicosocial. Quizá esta declinación sea un encumbramiento. Al fin y al cabo por Occidente se pone el sol..., que, sin embargo, volverá a salir con el nuevo día—portador de un nuevo afán—para alumbrar un nuevo conflicto íntimo. Nuestros cantos vesperales son cada vez más bellos.

Se ha estimado demasiado la riqueza; se ha creído con exceso en los valores crematísticos, y por eso la actual miseria económica se juz-

(1) *Der Untergang des Abendlandes*, 1922. Dos volúmenes.

La posición de este autor contradice el llamado *acrocronismo*, esto es, «la funesta ilusión que existe en todas las épocas—según L. Gumplowicz—de creer que ellas son las más adelantadas». (Véase su libro *Ilusiones del sentido de la Sociedad*, traducción española de P. Dorado Montero. Madrid, 1895). (*Revista de Derecho y Sociología*, págs. 529-547.)

No es ésta la ocasión oportuna de hacer una crítica del valor científico de la obra de Spengler. De ella dice H. Rickert, *Naturwissenschaft und Kulturwissenschaft*, 1898, en la traducción española de M. G. Morente con el título de *Ciencia cultural y Ciencia natural* (Madrid, Calpe, 1922, II, pág. 14, nota), que demuestra gran confusión en los problemas del método histórico, y que «en el estado del espíritu dejado por la guerra mundial, ha alcanzado, por motivos fáciles de comprender, un éxito sensacional de moda»...; «la fundamentación lógica de esta morfología (de la Historia Universal) que Spengler intenta, estaba ya refutada mucho antes de escrita». Y más adelante: «... El concepto de progreso pertenece... a la filosofía de la historia, que interpreta el sentido del acontecer histórico con respecto a los valores incorporados en él y se propone *enjuiciar* el pasado como valioso o como enemigo de los valores» (X, página 100).

ga erróneamente crisis de la civilización, cuando en realidad es crisis del economismo y amargo desengaño de todos aquellos pseudointelectuales que, desleales a su pensamiento, se aliaron a los poderes económicos imperantes. Ha sido el desengaño del despertar intelectualista, mercenario del capitalismo burgués y judaico.

El valor instrumental de la ciencia, que tanto impulso dió al perfeccionamiento técnico de la producción económica, terminó por convertir a muchos científicos en ministros, servidores y lacayos de la caja de caudales, de la banca de Sylock, del americanismo negociante y del caudillismo industrial, modernos dioses a los que adoraba de rodillas.

Y si en el mundo de la ciencia, cuando el investigador está vacunado contra el microbio de la vanidad profesional y su trabajo es perseverancia purificadora y ejemplar lealtad de pensamiento, constituye, a no dudarlo, el más espiritual de los patriciados, por el contrario, cuando la inteligencia se pone al servicio de finalidades extrínsecas a las de la cultura, convirtiéndose en celestina de todo lo ungido, pierde su alta significación, desnaturalizándose.

La ciencia no tiene bandera; cultura es emoción ética y estética de la vida; es sutil sensibilidad de verdad y justicia; es más selección que acumulación; tono espiritual que erudición noticiosa; más moral que técnica.

La cultura, por su propia esencia, no debe estar al servicio de nada (1). Debe ser insumisa. El fin de la cultura es la verdad, esto es, la libertad y dignidad humanas, siempre crecientes. La verdad es lo único vital, porque es lo que vive y hace vivir; la cultura sólo tiene valor como arma de nuevas conquistas.

En veinte años atrás la literatura económica ha alcanzado un volumen mayor que el alcanzado en treinta siglos por la filosofía.

Hasta la filosofía trascendental, a la par tan grotesca y exquisita, está pasando por unos momentos de autodepuración, de expiación saludable, que, como nuevo Jordán, limpiará de su mácula original al

(1) Huelga el decir que desecho ese estetismo, especialismo o virtuosismo científico que proclama la ciencia por la ciencia, la ciencia como fin y no como medio y que, en resumidas cuentas, es sólo deporte, juego de la inteligencia considerada como fin en sí misma. Ello implicaría una completa inversión de valores, y en vez de ser la ciencia para el hombre nos llevaría a la monstruosidad del hombre para la ciencia.

pecado metafísico. Y de esta decantación en el crisol del fracaso, recobrará el pensamiento humano la dignidad que le corresponde después de ese ominoso período de senil servidumbre, en que, ostentando librea galoneada, no hizo sino coquetear, ofreciendo puntales de sustentación a todo lo constituido, oficial y grande.

Demasiado relativismo, exceso de vitalismo (?), de culto inmoderado a los valores crematísticos y hedonistas, y, por el contrario, falta de sensibilidad moral, de actitud religiosa ante la vida, han dominado en nuestra época.

Con razón apunta el conde Keyserling (1) que el problema de hoy dimana de que el progreso técnico ha ido mucho más aprisa que el espiritual. Esta falta de ecuación o paralelismo entre el progreso moral y el material ha sido también señalado por H. G. Wells (2), y especialmente por Alfred Korzybsky (3), para el que «las ciencias experimentales han avanzado en forma de progresión geométrica, mientras que el derecho, las costumbres, la política y la sociología han adelantado tan sólo en forma de progresión aritmética». Por último, según Jakob von Huesküll (4) la pasada guerra europea fué la última manifestación del materialismo imperante.

De esta manera se ha reputado progreso lo que no es más, en el fondo, que refinamiento y complicación; progreso más en cantidad que en extensión, en categorías que en vida, en mimetismo social que en el *fair play* (juego limpio), en astucia que en pudor.

Progreso es incremento de valores y no mera complicación orgánica o técnica.

Y el remedio no está en retroceder a un estado social pretérito henchido de prestigio, como preconizan esos nostálgicos de la historia, Rousseau, Kropotkin, G. K. Chesterton y Belloc, entre otros, porque ese retroceso sería tanto como pretender que los ríos marchasen para atrás, o el viejo se convirtiese en joven, o fabricar manzanas con sidra o sacar del vino uvas.

(1) *¿Qué piensa usted del porvenir de Europa?* (Enquesta abierta por la *Revue de Genève*).

(2) Véase *The New Machiavelli*, London, 1922.

(3) *The Manhood of Humanity*, E. P. Dutton & Co., New York.

(4) *Ideas para una concepción biológica del Mundo*, Madrid, Calpe.

Tres direcciones típicas pretenden dar solución práctica a las dificultades presentes, y que llamaremos la *conservadora*, la *aristocrática* y la *económica*.

Para la primera «el malestar... es el efecto de aquella apostasía social que ha extraviado a los pueblos juntamente con el ideal de sus fines, todo deber y todo derecho, el fundamento mismo de la justicia» (1). El problema social es un problema ético, y una sabia legislación del trabajo, el desarrollo práctico de los fines del Estado mediante la acción tutelar en beneficio de las clases obreras, y un sistema jurídico donde la propiedad, concebida como función social y deber, sufra restricciones recabadas de la propia naturaleza humana y exigencias éticas del todo social, constituye su programa. Es una reacción contra el concepto quirritario, ilimitado e incivil de la propiedad.

La segunda tendencia está representada por el individualismo aristocrático de Federico Nietzsche, uno de los pensadores que más están influyendo en el pensamiento moderno. Su *neohumanismo* cifra el bienestar del hombre, no en el cambio del mundo, sino en la superación del mismo hombre. Sorel, Maurras, Mussolini y hasta el mismo Lenin son nietzscheanos y han comido de la cazuela del aristocratismo helénico del filósofo tudesco, quien, en su furia ardiente y asqueada, oponía el superhombre a la canalla impura, afirmando en «términos duros» la necesidad de la esclavitud para que exista la civilización. Los esclavos son precisos—según él—para que el selecto, el ocioso, pueda hacer metáforas y bailar en el tablado espectacular del mundo.

La tercera tendencia está encarnada por el comunismo y socialismo contemporáneos, que pretenden modificar la organización presente de la vida social y económica, y cuyo estudio comprende la materia de este discurso.

(1) J. Ballerini: *Análisis del Socialismo Contemporáneo*, 4.^a edición, prólogo de Toniolo, traducción española. Madrid, 1902, 1, pág. 4. (Véase también V. Cathrein: *Der Socialismus*. Freiburg im Br., 1892. (Hay traducciones francesas y españolas); J. S. Nitti: *Il Socialismo cattolico*, 2.^a edición. Torino, 1891. (Hay traducción española de P. Dorado Montero, Salamanca.) Y en general todos los representantes del mal llamado socialismo cristiano: evangélicosociales, católicos, demócratasociales, etc.

Sólo me resta indicar, para dar fin a la introducción, que el llamado problema social no es un problema exclusivamente jurídico, ni económico, ni ético...; todos éstos son aspectos parciales del mismo. El problema social tiene tantas facetas y es tan complejo como la vida. Y todo lo vivo es de suyo inestable, incoercible y pintorescamente contradictorio. La vida no se deja encerrar en estrechos marcos ni en esquemas de limpios bordes. Lo vivo escapa a la lógica, la cual sólo abraza cadáveres. «Sólo una escolástica fría—como dice Jellinek—puede encontrar en todas partes la lógica; pero ¡no! ¡No puede encontrarla!»

II.—COMUNISMO Y SOCIALISMO.

«Desde que el hombre ha tenido bastante cultura para resentirse de las iniquidades sociales... han germinado en su espíritu sueños de reformas. Siempre se han visto, en todo tiempo y país, así que desapareció la igualdad primitiva, surgir aspiraciones socialistas, tanto en forma de protesta contra el mal existente, como de planes utópicos de reconstrucción social. El mejor modelo de estas utopías es... la *República de Platon*», dice Lavelèye (1).

En las anteriores palabras transcritas (amén de indicarnos este autor la génesis de la llamada cuestión social) se confunden indebidamente los conceptos de socialismo y comunismo.

Por consiguiente, el primer problema a resolver consiste en determinar las diferencias específicas de ambos vocablos, frecuentemente tomados, de una manera errónea, como sinónimos.

Las palabras *colectivismo agrario* o territorial, *colectivismo integral* o industrial y *comunismo* (2) empléanse escalonadas para indicar una gradación jerárquica y cuantitativa en el proceso socializador. El colectivismo agrario (Henry George, Wallace, los Mill, Lloyd George, Flórez Estrada, Costa, Colins, los socialistas racionales, Gossen, Oppenheimer, el mismo Spencer, etc.) reclama sólo la socialización de la

(1) E. De Lavelèye: *Le Socialisme contemporain*. París, 6.^a edición, 1891, prefacio, pág. 4.

(2) Véase P. Leroy-Baulieu: *Le Collectivisme, examen critique du nouveau socialisme*, 1893, 3.^a edición.

tierra; el colectivismo integral (industrial), o socialismo clásico u ortodoxo (Rodbertus (1), Marx, Engels, A. Bebel, B. Malon, etc.) amplía esta socialización a los medios de producción y de cambio; el comunismo (Platón, T. Moro, Campanella, W. Godwin, Robert Owen, W. Thompson, Cabet, G. Weitling, Saint-Simon, Fourier, etc.) termina este ciclo de socialización extendiéndolo a los medios de consumo. El *anarquismo* es una doctrina filosófica y política más que económica, pero que, en este orden, deriva al comunismo (comunismo libertario o antiautoritario: Max Stirner, Bakunin, Kropotkin, Tolstoy, y varios de los comunistas indicados anteriormente). El *sindicalismo* propugna una amplísima descentralización política, rectificando el concepto socialista de un Estado centralizado, ya en su aspecto de *sindicalismo rojo* (Proudhon, G. Sorel, etc.), que es una revisión del anarquismo clásico, sustituyendo la federación territorial o geográfica de municipios por la federación profesional de sindicatos, ya en el de *sindicalismo funcionarista o conservador* (Duguit, Jèze, Hauriou, J. Paul Boncour, etc.), consecuencia de la creciente actividad social del Estado que imposibilita material y técnicamente, a tenor de la complicación y aumento de la esfera de su competencia, la centralización de los servicios públicos; resuelve la antinomia entre democracia y eficacia, y es garantía de la libertad del ciudadano contra la omnipotencia teórica y práctica del actual Estado.

Lo que nos interesa aquí es determinar el carácter particularísimo o específicamente particular del comunismo y del socialismo. No sólo Lavelèye, sino otra multitud de autores identifican estos términos (2).

(1) Adolfo Wagner, en *La Riforma Sociale*, Torino-Roma, número del 25-XII-1894, publicó un artículo titulado: «Sobre la crítica del capital privado de Rodbertus y de Marx», tomo II, págs. 923-949, en que recaba para el primero la prioridad de las mejores ideas críticas y positivas de Lasalle y Marx acerca del capital y del capitalismo.

(2) Por ejemplo, Benito Malon que, en su *Socialisme intégral*, 2.^a edición, 1892, se remonta más allá de Platón, presentando el comunismo de los pitagóricos como el precursor del socialismo contemporáneo. En sus *Études sur les réformateurs ou socialistes modernes*, Luis Reybaud había procedido, ya desde 1840, con arreglo a un método análogo. Para él, el problema que se planteó Platón no difiere del que han provocado Saint-Simon y Fourier; sólo difieren en la solución.

«A menudo las dos palabras comunismo y socialismo se toman la una por la

Otros, reconociendo la diferencia existente entre ambos, no han visto entre uno y otro sino diferencias de grado y simples matices. El comunismo, dicen, es la forma primitiva del socialismo (1). De esto deduce Durkheim (2) que los teorizantes del comunismo son retrógrados, porque orientan su pensamiento al pasado y no al porvenir: lo que piden es que... se vuelva atrás. «Así, la Ciudad de Platón no hace más que reproducir abiertamente la antigua organización de Esparta; es decir, aquello que había de más arcaico en las formas constitucionales de la Hélada» (3).

otra. En su libro sobre el *Socialismo en el siglo XVIII*, M. Lichtenberger, queriendo dar una definición del socialismo, se expresa así: *Se dice socialistas a los escritores que, en nombre del poder del Estado, y en un sentido igualitario y comunista, han emprendido el modificar la organización tradicional de la propiedad*. (Émile Durkheim: léase el interesantísimo *Curso de Historia del Socialismo*, profesado en Burdeos en el año de 1895-96 por este ilustre catedrático, publicado por Marcel Mauss en la *Revue de Métaphysique et de Moral*, fascículos 3 y 4, tomo xxviii, julio a diciembre de 1921.)

Más de veinte páginas podrían llenarse de bibliografía de la Economía política con nombres de autores que no distinguen claramente ambos términos de socialismo y comunismo.

La palabra socialismo es relativamente moderna: fué en Inglaterra donde se fraguó en 1835. L. Reybaud (*ob. cit.*) ya se sirvió de ella en 1839. Antedicha confusión reconoce una causa histórica; la razón de titularse *comunista* en vez de *socialista* el *Manifiesto* de Marx y Engels de 1847, lo explica este último en el prólogo a la edición del *Manifiesto* de 1890: «la palabra socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; la palabra comunismo, un movimiento obrero. El socialismo, al menos en la Europa continental, tenía entrada en los salones de los aristócratas y de los poderosos. Y como desde un principio declaramos nosotros resueltamente que *la emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos*, no pudimos dudar un momento acerca del nombre que habíamos de adoptar».

(1) Por ejemplo, «Woollesley, en su libro *Communism and Socialisme*. Para él el socialismo es el género, el comunismo la especie... En fin, en el programa obrero de Marsella, Guesde y Lafargue, para mostrar que el colectivismo obrero marxista no tiene nada de irrealizable, le han presentado como una simple extensión del comunismo antiguo». (E. Durkheim, *ob. cit.*, lección segunda.)

(2) *Ob. cit.*, lección tercera.

(3) «Jenofonte y Platón oponen al Estado ateniense, caído en una democracia desenfundada, el Estado espartano como un tipo ideal a producir... Después de las guerras médicas, el Estado griego, Atenas a la cabeza, sufre una

Las utopías de Platón, Moro y Campanella, en su consecuencia, no responden a un ideal espontáneo del espíritu humano: son simples reminiscencias de las leyendas de la Edad de Oro, de la Atlántida, de aquel estado de gracia de que nos hablan los teólogos, o del Reino de Cronos presidido por Saturno a que hace referencia Platón.

El *Manifiesto comunista* de Marx y Engels moteja también de reaccionarios, si no a los jefes del comunismo crítico-utópico, a sus discípulos (1).

Por el contrario, hay quien ve en el comunismo un *werden*, un llegar a ser, en el porvenir siempre indefinido. Lenin pertenece a esta tendencia (2), el cual, en vez de considerar, como su maestro Marx, que «todos los que preparan programas para el porvenir son unos reaccionarios», pone en el siglo futuro la realización del ideal comunista: «De cada uno, según sus actitudes; a cada uno, según sus necesidades.»

¿Adónde nos conduce esta disquisición? Pues, sencillamente, a considerar que mientras el socialismo tiene un valor de presente, el comunismo tiene un valor suprahistórico; el primero, aunque se realice, carece de valor humano trascendental; el segundo, por el contrario, aunque no se realice tiene un valor potencial, inasequible siempre. El socialismo tiene su verificación en las tres dimensiones de la realidad, pero le falta, a diferencia del comunismo, la cuarta dimensión, es decir, el factor tiempo en el sentido histórico. Su valor es de presente, al igual que la película cinematográfica que se proyecta en la pantalla no obstante esté enrollada por los extremos. Por esta razón el marxismo es consecuente al proclamar una concepción histórica (el mate-

evolución que se manifiesta en la tendencia del individuo a emanciparse del poder original. Una crítica disolvente y la sofística habían pregonado la teoría del más fuerte. La sociedad ya no es una construcción divina, sino humana, cuyo fin era la explotación de los débiles por los fuertes... La literatura había también, como se ve en Eurípides, demolido los fundamentos del antiguo Estado griego. En estas circunstancias, *las teorías de Platón son un esfuerzo para resucitar las antiguas costumbres y para regenerar la Polis en el sentido aristocrático, sobre bases conservadoras, conforme a la antigua concepción helénicodoria.* (J. Jellinek: *Das Recht des modernen Staates*, cap. X, 2. Berlín, 1900.)

(1) *Manifiesto comunista de Marx y Engels* (III, 3).

(2) N. Lenin: *Ideario bolchevista*. Madrid, Biblioteca Nueva, pág. 67. Véase también su obra *El Estado y la Revolución*, ídem.

rialismo o determinismo) donde no hay tiempo ni pensamiento, sino materia y extensión. La historia así concebida no es historia, sino estadística, o sea evaluación cuantitativa y numérica de los hechos sociales, en el fondo interpretación matemática de la historia, lo cual es un absurdo. También el valor de las cosas, que, en el concepto marxista se mide por el tiempo socialmente necesario para producirlas, se trata no de un tiempo espiritual o histórico, sino del tiempo vacío de las horas cronométricas (tiempo natural o físico).

Lo importante es hacer notar que los comunistas no son reaccionarios, como sostienen los autores mencionados más arriba, pues es indiferente que se postule una Edad de Oro anterior o una Isla de la Utopía posterior. Esta indiferencia califica la postura extemporánea y posibilita una proyección simultáneamente anterior y posterior: el paraíso de *Adán* se puede postular antes y para después (1).

Lo que pasa es que los grandes utopistas se encuentran muy por bajo de su ideal, por cuya razón nos parecen unos farsantes.

Por el contrario, «no hay utopía en Marx: no inventa ni imagina una nueva Sociedad... No somos utopistas... Esos son fantaseos anarquistas basados en la falta de conocimiento y comprensión de las tareas que competen a una dictadura del proletariado», dice Lenin (2). *El socialismo de éste, como el de Marx, no tiene nada de comunista.*

Faltando al socialismo elementos de poetización y comprendiendo sus fautores (inconscientemente) la falla grave que esto significa ante la sensibilidad del pueblo, han hecho una estratagema, a saber: utilizar como señuelo el prestigio de los grandes sugeridores de poesía eficaz que ha habido en el mundo: Platón y Cristo. De esta manera han podido decir que el socialismo es comunista (platónico, como el de T. Moro, o cristiano, como querían Cabet y Saint-Simon).

A esto se añade el juego de vocablos empleado por Marx acerca de la desaparición del Estado, que es una verdadera falacia anfiboló-

(1) El budismo no es retrógrado; y así, hablando con Carlos E. Neumann, el gran sanscritista, un intelectual chino, embajador de Siam en Berlín, le decía: «... No se impacienta usted de que el mundo no sea budista todavía... aún nos quedan dos mil años de propaganda... Entonces veremos». ¡El comunismo para dentro de dos mil años!

(2) N. Lenin: *Ideario*, págs. 54-55.

gica, pues de la transformación de la forma social civil-tradicional en económica no se sigue la desaparición del Estado; éste es el esquema de toda forma social, y como Proteo, afectará formas infinitas y siempre dará razón de sí. Uno que pretendiese probar la penetrabilidad de una gota de agua sometiéndola a una gran presión, provocaría la transformación de la gota en forma pulverulenta o gaseosa, pero no podría penetrar la gota, como no puede penetrarse el sentido de Proteo.

La utopía humana, siempre absurda y siempre atrayente, es la que da al comunismo un sentido trascendental de ideal inasequible, de perspectiva sin fin. Como fuente de acción, es inagotable, y precisamente porque el socialismo tiene sólo un valor de hecho y no rebasa nuestra individualidad biológica, Lenin, por ejemplo, se aprovechó de la fuerza impulsiva y mito poético del comunismo, para potenciar su programa económico. Sin este elemento potenciador y sentimental difícilmente hubiera tenido atractivo y arrastrado a la masa. Ello supone una rectificación implícita y cobardemente inconfesada del determinismo históricoeconómico, quedando sin base la construcción científica del socialismo, pues que se desecha el concepto clásico de éste acerca de la motivación de los actos humanos en la historia, en cuyos grandes movimientos se reconoce ha existido algo, que no es el estómago, que dirige y explica la acción, y es el misticismo, la exaltación moral propia de los convencidos, de los posesos, dotados de fe viva en la justicia de la causa que defienden.

El bolchevismo, una vez triunfante, va perdiendo su contenido ejemplar y selecto para avulgararse en un socialismo a ras de tierra, y, según frases autorizadas de Lloyd George, con motivo de las conversaciones habidas para reanudar las relaciones económicas, en 1920, entre Inglaterra y Rusia, «no es que nosotros evolucionemos hacia el bolchevismo, sino, al contrario, es él que evoluciona hacia nosotros; Rusia va adoptando los tradicionales procedimientos del gobierno burgués y *arroja las doctrinas comunistas por la borda*».

El comunismo es demasiado bello e inaccesible para que los bolcheviques rusos pretendan haberlo captado: a lo más, podrán ser sus sacerdotes oficiales, pero no sus profetas. Tenemos, en tal respecto, el ejemplo y experiencia históricos de otras suplantaciones análogas, y sabemos muy bien a qué atenernos.

En esta específica consideración, el dualismo platoniano de la *República* y las *Leyes* marca la distinción entre comunismo y socialismo.

En la República, cada ciudadano encuentra dentro de sí el principio director de conducta social; la razón es una en todos ellos, y de ahí la unidad de la *Polis*: unidad no lógica, sino viva, espiritual. Es una comunidad de sentimientos, donde individuo y sociedad son expresión de una misma realidad física y psíquica. Las opiniones corrientes de que el Estado platónico es absoluto y que en él se sacrifica y anula la individualidad (1), o que Grecia jamás conoció el sentido del *self-government* individual (2), están hoy completamente rectificadas (3).

El sueño utópico de Platón no ha sido superado y quedará siempre como un arquetipo eterno e inmarcesible de ideal civil. Poco importa que Aristófanes se burle del comunismo platónico o que Aristóteles lo censure en el libro segundo de la *Política*: las doctrinas platonianas constituirán siempre un elemento depurador al que tendremos constantemente que acudir para contrastar la validez de toda situación histórica y para corregir la supremacía excesiva de cualquiera de los elementos que forman la secular antinomia políticosocial de libertad y autoridad, individuo y grupo, ensimismamiento y enajenación.

¡Terrible condición humana que sólo puede ascender a lo alto, para besar las azules cimas, a costa de nuestro yo, de nuestra individualidad diferenciada, en la que ciframos nuestros más legítimos orgullos, caros

(1) J. F. Stahl: *Historia de la filosofía del derecho*, traducción española. Madrid. *La España Moderna*, pág. 45.

(2) Por ejemplo, Hildenbrand. Véanse las obras de los helenistas T. Gomperz: *Griechische Denker*, 1896. Zeller: *Histoire de la Philosophie Grecque*, traducción francesa.

Lástima que el más grande helenista contemporáneo, Ulrich von Wilamowitz Mollemdorf, en su magistral obra *Platon*, Leipzig, 1921, no se detenga en un enjuiciamiento políticofilosófico de la construcción estatuaría de Platón.

(3) Platón, como ha señalado con razón Pöhlmann: *Geschichte der antiken Kommunismus und Sozialismus*, I, 1893, pág. 338 y sig. (cita que hace Jellinek, *ob. cit.*, X, 2, págs. 456-57), motiva la fundación de su Estado ideal por el interés individual y tiende a demostrar que el interés individual y social están de acuerdo, y que el primero encuentra en el Estado, tal como Platón lo sueña, las mejores garantías. Véase también Busolt: *Die Griechischen Staats- und Rechtsaltertümer*.

anhelos y quijotescos esfuerzos! ¡Tener que perder nuestra originalidad si queremos ganar perfección!

Pero ¡no! La unidad que proclama Platón es a lo que hoy llamamos *ciencia*, es decir, *la unidad de la conciencia*. El hombre absoluto, universal, incondicionado, el hombre arquetipo y eterno, vive dentro de cada uno de nosotros: es sólo zahondando en nuestro interior como podemos encontrarnos a nosotros mismos y, por ende, a los demás. Somos una dualidad en unidad, iguales todos y todos distintos, toda vez que en nosotros coexiste la humanidad inmaculada y la individualidad impura. Busquemos al hombre en nuestra más profunda intimidad: someternos al grupo social no supone sacrificio de libertad, sino sumisión a uno mismo.

Individuo y sociedad viven así en transfusión estética sobre el subsuelo espiritual. Nuestro Fray Luis de León expresó lo más hondo de la verdad platónica en eternas palabras de su obra *Los Nombres de Cristo* (1).

El gobierno perfecto carece de imperativos heteronómicos. Cada uno encuentra dentro de sí la ley viva, inmanente, que se traduce en decisiones colectivas unánimes.

La *Voluntad general*, de Rousseau, especie de yo colectivo, donde «cada uno, al obedecer a los demás, no hace sino obedecerse a sí mismo», traduce aquel elevado espíritu de Platón al orden político (2).

¡Compárese esta bella visión filosóficopolítica con la dictadura del proletariado!

Comunismo y socialismo se nos ofrecen aquí como dos polos, como una antítesis polar bien definida.

(1) «Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todo en mí y yo en todos ellos y todos y cada uno de ellos en el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean; y para que extendiéndose y desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.» (Citado por Miguel de Unamuno: *Ensayos*, tomo 1. *En torno al casticismo*, página 176-177.)

(2) Véase algo de esto en Rudolph Stammler: «Notion et portée de la volonté générale», *Revue de Métaphysique et de Moral*, mayo 1912.

El primero no aniquila, sino que destaca la individualidad humana, armonizando sin confundir y distinguiendo sin separar el individuo del grupo, el autogobierno personal de los deberes de solidaridad. El segundo desconfía de la eficacia en la persuasión, sustituye la continuidad por la simple contigüidad; el elemento unificador, más que en lo interno, lo busca en un principio exterior, jurídico, político o estatutario. Estos caracteres se acentúan más en algunas escuelas socialistas, en las cuales exacerbase el carácter dogmático, conservador e imperialista propio del sistema.

Sobre todo, el llamado socialismo del Estado o de la cátedra fué un lacayo del imperialismo que, en concomitancias con el pretorianismo prusiano, contribuyó a desencadenar la pasada guerra. La Universidad, en vez de mantener el espíritu de universalidad propio de ella, convirtiéndose en una Universidad nacionalista, de ciencia de tira y afloja al servicio de una causa políticoeconómica.

El vicio de origen de esta malsana tendencia venía de Hegel y de la concepción materialista de la historia, que constituyen la levadura filosófica del socialismo mal llamado científico, para el cual los individuos no son más que concreciones del medio, puras abstracciones como el átomo, que no existen sin el todo, o sea sin el Macrocosmos, única realidad.

De la misma manera, en el orden social el individuo no existe sin el Estado, ser trasindividual y especie de Dios nacional, al que supersticiosamente todo debe sacrificarse (1). En este teologismo político, a la ley o razón del Dios-Estado debe someterse toda otra ley o razón. La verdad es monopolio del Estado, es decir, la verdad no es un valor lógico, sino una declaración autoritaria: la única verdad es la oficial, la que lleva el marchamo del poder o el cuño del Estado, como la moneda.

Y como el Estado, según Hegel, es la realidad de la idea moral, no hay moral individual, sino decretiva, que exige una fe implícita. En

(1) Toda teoría naturalista redúcese, en último término, a teoría teológica, de la cual pretende ser su antítesis. En efecto, la adaptación al medio geográfico y social implica a su vez la adaptación y subordinación de la comunidad nacional a la internacional, ésta al planeta, el planeta al sistema planetario, y así sucesivamente. Esta gradación tiene que tener un límite o término, que sería el Ser supremo (Cosmos o Dios); es decir, iríamos a parar a la Teología.

fin, el Dios-Estado, convertido en principio de autoridad y no en meta de libertad.

Este es todo el espíritu de esa filosofía oriental, que, en resumidas cuentas, no es sino maquiavelismo, conservadurismo (1).

Pero este bien o interés de la comunidad o del Estado, al que todo debe sacrificarse, es una verdadera abstracción. Siempre que en la historia se ha pretendido justificar alguna injusticia o atropello a la dignidad humana; siempre que se ha cometido alguna exacción violenta o ilegalidad tiránica, se ha recurrido al expediente de que así lo demandaba el bien público o colectivo: lo mismo los inquisidores civiles y religiosos, que el absolutismo aristocrático o el jacobino. Al grito de ¡muera el justo, con tal de que se salve la comunidad!, fué condenado a muerte—pudiera decirse—Sócrates, y lo fué Cristo, los cuales predicaban el bien y la justicia entre los hombres, y... fueron ajusticiados. «Pero dondequiera que el justo perezca hay una expiación purificadora».

Esta doctrina del *salus populi* que sacrifica hasta la salud de un gran número de individuos a los intereses superiores de la especie (2), precisa de una interpretación auténtica y dogmática de esos intereses, que, con muchísima frecuencia, desplaza el cimiento mismo en que se asientan (3).

(1) Es inútil, en mi juicio, buscar una fundamentación filosófica al conservadurismo en la filosofía positiva de A. Comte o en las teorías de la constancia biológica de René Quinton, como se ha pretendido. Aparte de las doctrinas de Hobbes y de Maquiavelo, es en la inquisición política, tal como la esboza Hegel, donde se encuentra la raíz del conservadurismo. El mismo Comte es un hegeliano de la izquierda, como Marx, Feuerbach, Max Stirner, Proudhon y otros. Por esta filiación doctrinal el socialismo es conservador.

(2) Aun dentro del individualismo positivista también se encuentra esta tendencia; por ejemplo, H. Spencer: *Justyce*, I-IV.

(3) «La agregación al Estado de las grandes industrias y explotaciones económicas que, por su importancia, abrazan toda la sociedad: minas, ferrocarriles, bancos, etc..., tiene por fin proteger los intereses colectivos contra ciertas influencias particulares, no mejorar la suerte de los trabajadores. El socialismo rebasa la cuestión obrera. Aun en ciertos sistemas, ésta ocupa un lugar secundario. Tal es el caso de Saint-Simon, es decir, del pensador a quien de consuno se mira como el fundador del socialismo; tal es también el caso de los socialistas de la cátedra, mucho más preocupados de salvaguardar los intereses del Estado que de proteger a los desheredados de la fortuna.» (Durkheim, *ob. cit.*, lección 1.^a)

El interés de la comunidad podrá justificar, a lo sumo, la limitación del interés particular (límites a la propiedad: expropiación forzosa por causa de utilidad pública, impuestos, servidumbres, etc.). Pero por encima de la dignidad del individuo no está el interés de la comunidad, so pena que consideremos a ésta una especie de dios Saturno que devora a sus hijos.

No hay mejor manera de sacrificarse a la comunidad que sacrificándose uno a sí mismo: no hay otro estilo de vida política. Todo lo demás es Mitología (el viejo dios Odino de la Mitología nortea).

Interés general que no es al mismo tiempo el interés de cada uno, no es tal interés; podrá ser interés público (que no es lo mismo que interés general), y que, con frecuencia, es un interés privado (*lex privata*) o de clase, que dogmáticamente pretende erigirse en *res publica*.

En resumen, el ideal social podría formularse diciendo que se halla en razón directa de la subordinación del interés individual al social, y en razón inversa de la subordinación de la dignidad del ciudadano al interés de la comunidad.

El movimiento socialista está inspirado en un espíritu de justicia, que es su fuerte y le da valor; pero su concepción del Estado es pernicioso. El socialismo y el sindicalismo han negado la realidad del individuo, excepto como sujeto económico. ¿No ha dicho el propio Lenin que la libertad es una creencia o creación burguesa? El bolchevismo y, en general, el socialismo han sacrificado la libertad a la igualdad, la justicia al autoritarismo mayoritario, los derechos del individuo a los del grupo o rebaño (1).

Para Belloc (2), el socialismo continúa el proceso concentrador del sistema capitalista y viene a representar ese neopaganismo que, a cambio de ventajas materiales, prefiere la vida de esclavitud. El tra-

(1) Por ejemplo, Adolfo Held define el socialismo: «... toda tendencia que reclama la subordinación del bien individual al de la comunidad». Definición de Roscher: «son tendencias socialistas las que reclaman una consideración del bien común superior a lo que permite la naturaleza humana. Nietzsche afirmaba que donde acaba el Estado comienza el hombre. En el socialismo, como en la democracia, se repite el círculo vicioso eterno de que habla Simmel: «un pueblo dividido en dos clases: una, eternamente dominante; otra, eternamente dominada».

(2) *The Servile State*, 1912.

bajo obligatorio del régimen colectivista envuelve una servidumbre, que no toleraría la huelga, como sucede hoy con las huelgas de funcionarios en los países burgueses. Recuérdese que en la Rusia soviética no es posible el sindicalismo.

¡No! El Estado no es un mero órgano económico solamente: su razón última reside en ser órgano social de la justicia, y lo económico es sólo una parte de ella, mientras que la dignidad no es cosa económica y sí de suprema justicia. Aparte de que siendo el Estado una persona moral, sólo se justifica por su fin al cual sirve como medio. Un Estado que no se propone la realización de la justicia, no se justifica biológica ni teleológicamente.

Aquella cualidad señalada por Belloc da un carácter conservador al socialismo, y varias veces se ha dicho y repetido que el régimen de los soviets es una especie de monarquía de la producción, un cesarismo económico. Lenin cree que al hombre no se le sujeta y domina por la persuasión, sino por el temor o el miedo. Los bolchevistas pretenden exculpar la dictadura del proletariado alegando la corriente dictadura burguesa y democrática donde no todos participan del poder; pero con ello, a lo más, reconocen que todo gobierno es dictador y no resuelven nada. Lo peor es que por ese desplazamiento ya indicado, al interpretar auténticamente el interés general, la dictadura del proletariado viene a ser dictadura contra el proletariado. Y aunque no es cierto el dicho vulgar que la historia se repite, ejemplos históricos nos muestran que los que comenzaron siendo dictadores, sufren después las cadenas que ellos mismos forjaron.

Los inquisidores mandaban quemar los herejes con la *buena intención* de salvarles las almas, y Lenin, para salvar al pueblo, le impone una dictadura que ni el pueblo ha pedido ni quiere.

Y todas las inquisiciones, tiranías y dictaduras históricas, cimentadas en la fuerza bruta y no en la persuasión íntima, han quebrado. Todas fueron inútiles al par de crueles y tuvieron una expiación trágica al comprender la inutilidad de su tanto crimen y locura sanguinaria.

Los bolcheviques rusos se creen también en posesión de la verdad absoluta, y Lenin, emperador y pontífice infalible como el zar, lanza excomuniones y fulmina a los que se le resisten. Esta dogmática, como todas, más que significar un principio hiperlógico o de acción, encierra un elemento autoritario o político donde la tolerancia queda excluí-

da y la incomprensión entronizada. Y sin tolerancia y comprensión no hay cultura ni civilidad posibles. Civilidad es aportación de espontaneidades y matices que el espíritu humano adopta de un modo infinito, sin agotarse nunca.

Y buena prueba de este carácter absoluto del bolchevismo la tenemos en la transición del cesarismo zarista al régimen de los soviets con facilidad suma y sin solución de continuidad.

En todos los Estados de tipo militar, en que predomina el *status* sobre el *contrato*, como Esparta en la antigüedad y modernamente Alemania, ha coincidido la supremacía pretoriana con la del socialismo: la sociedad se nos muestra organizada a base de una jerarquización militar; el ciudadano tiene reglamentada su vida por una multitud de ligaduras minuciosas que lo disciplinan a la manera de convento o cuartel (1), se halla sujeto a la obediencia de ejecución y convertido en un engranaje del gran aparato de relojería social, en que la iniciativa sólo viene de lo alto, del relojero que le da cuerda; la sociedad, así, no es más que una enorme organización disciplinaria, donde la indocilidad de los de abajo es reprimida por las *ordenanzas de necesidad*.

Con razón se dijo que el socialismo alemán, y especialmente el de la cátedra, fué un aliado del reaccionarismo. La razón estriba en que todas las ortodoxias, la del Estado, la militar, la del imperio político de la clerecía, se apoyan mutuamente, porque, como dice muy bien Unamuno, todos los dogmas, en cuanto dogmas, son solidarios.

Todo partido, secta o escuela tiene dogmas, santo y seña, que hay que acatar sin crítica por un acto de profesión de fe, que en el fondo es un contrato de sujeción. Y el mayor enemigo de todo partido es el libre examen, la crítica. Por cuya razón, todas aquellas doctrinas autoritarias que imponen a sus adeptos una férrea disciplina e indiscutible obediencia, consideran al que piensa por cuenta propia y pretende erigirse en personalidad, y tener estilo, como sujeto peligroso y disolvente. Más fácil es que se entiendan los bolcheviques con cualquier otro poder o doctrina autoritaria y conservadora, que con los intelectuales.

(1) El Reglamento de la colonia de *Icaria* de 1856 establece, art. 4.º: «Obrar por espíritu de omnímoda adhesión a la comunidad...» Art. 37: «someterse a la disciplina..., etc.».

tuales (1) o con los radicales (recuérdese la prisión del príncipe de Kropotkin, los fusilamientos de socialistas radicales y de intelectuales en Rusia).

Recapitulando, los reaccionarios no son los comunistas utópicos, como Marx y Engels sostenían, sino el socialismo.

Suprimido idealmente el capital privado y socializados los medios de producción y de cambio, conforme al programa socialista, el Estado habría de organizarse para el funcionamiento de tan grande potencia económica, adoptando un tipo ultracentralizador, y así lo concibe Lenin. El Estado habría vencido entonces a su último rival, el capitalismo (2), pero quedaría sin ser controlado por otro poder social: en tal

(1) Como el socialismo científico (?) estima que la ciencia, al igual que cualquier otra manifestación espiritual de un pueblo (arte, moral, religión) no es más que el reflejo en la conciencia, individual y social, del fenómeno económico, llega a considerarla como una creación exclusiva del régimen capitalista o burgués, es decir, un conjunto de opiniones de la clase dominante para salvaguardar sus intereses. Ilógico con este criterio relativista, él erige su concepto de la justicia en justicia absoluta.

Pero la justicia, la belleza y la ciencia son valores humanos universales, no de clase ni de minoría. La ciencia es labor de la especie, de la humanidad incircunscripta, y a nadie se le habrá ocurrido decir que hay una matemática protestante, una física católica o una química puritana. Por esta razón falta al socialismo un sentido de universalidad para enjuiciar objetivamente todos los grandes problemas, especialmente los del espíritu vivo.

Marx miraba con cierto desdén la actividad intelectual, considerándola como una especie de *sport* o deporte, como, cierto *dilettantismo* epicurista. G. Sorel y otros muchos representantes del sindicalismo rojo, han venido sistemáticamente manteniendo una posición frente a la intelectualidad. Quizá este odio a los intelectuales, que en el fondo es odio a la inteligencia, provenga de que no se dejan dominar. El auténtico intelectual, por el solo hecho de serlo, no puede estar, como cualquier sofisticado rebañero, adscrito a ningún partido, secta o mesnada: se debe a necesidades más altas... Ni aun la verdad es digna de ser acatada, ni tampoco el magisterio, por muy ilustrado que fuere, si se nos pretende imponer de una manera despótica. El intelectual debe odiar hasta la dictadura de la inteligencia.

(2) El proceso del Estado ha sido el proceso de expropiación, hecha por él, del *imperium* a los demás poderes sociales (familia, municipalidades, nobleza feudal, Iglesia, etc.); terminó por concentrar en sí todo el poder de dominación, época que coincide con la aparición de los Estados modernos, ilimitados, absolutos y soberanos. El socialismo, desde este punto de vista, es la concep-

situación peligra la libertad del individuo, temor que explica la escisión de Bakunin (1) y de los anarquistas de la Primera Internacional, y la del sindicalismo, el cual, para evitar el peligro antedicho, señala un segundo período descentralizador que impida la omnipotencia práctica del Estado.

El panestatismo o macroestatismo, el Estado máximo, es el Estado socialista. (Una reacción contra él representan las teorías modernas acerca de la descentralización de servicios públicos) (2).

Socialismo, colectivismo, implican un desplazamiento o transferencia de la actividad económica que, de social, pasaría a la categoría de pública; el trabajo de cuantos hoy cooperan a la producción constituiría un servicio nacional; el obrero tendría la calidad de funcionario público, suprimiéndose el salario del servicio privado, que sería sustituido por el dividendo en los beneficios sociales, en proporción a los merecimientos de cada uno (mutualismo).

El socialismo consiste en una agregación de las funciones industriales al Estado; el comunismo tiende más a colocar la vida industrial fuera del Estado. En éste, como en otros puntos esenciales, socialismo y comunismo son los antípodas el uno del otro.

Identificar socialismo y comunismo equivale a identificar los contrarios. Para el primero, el órgano económico debe devenir órgano director de la sociedad; para el segundo, todo es poco con tal de tener alejados el uno y el otro... Para los comunistas, el Estado sólo podrá llenar su misión cuando se le sustraiga completamente al contacto de

ción que, en el orden históricopolítico, proclama la supremacía del Estado sobre el poder social del capitalismo, obra que no pudo realizar la Revolución francesa. Es el término del proceso de la soberanía y engrandecimiento del Estado, el cual debe coincidir con la sociedad (el punto de llegada del socialismo es el punto de partida del derecho natural revolucionario). De modo que a la variedad de inquisiciones históricas, civil (esclavitud), religiosa y económica, ha sucedido la inquisición política o del Estado, cuya necesidad afirman los conservadores y niegan los anarquistas. La cuestión es de si vale la pena de suprimir la tiranía del capitalismo para someterse a la del Estado, como el socialismo propugna, o derrocar las dos (comunismo, sindicalismo funcionarista, etc.).

(1) Bakunin decía que el despotismo del Estado, más que en su forma está en su esencia.

(2) Consúltense las obras de Derecho administrativo de Leon Duguit, Hauriou, Royo Villanova, Gascón y Marín, Posada, etc.

la vida industrial. Para los socialistas, esta misión es esencialmente industrial, y ningún acercamiento entre Estado e industria les satisfará lo bastante. Para aquéllos, la riqueza es malhechora, y es menester echarla fuera de la sociedad. Para estotros, en cambio, la riqueza sólo es temible cuando no está socializada. Sin duda—y esto es lo que engaña la mirada—en una y otra parte hay una reglamentación; mas véase bien cómo se ejerce en sentido opuesto. Aquí, la reglamentación tiene por objeto moralizar la industria agregándola al Estado. Allí, moralizar el Estado excluyéndole de la industria.

Según Durkheim, «llámase socialista toda doctrina que reclama la agregación a los centros directores conscientes de la sociedad de todas o algunas de las funciones económicas actualmente difusas» (1).

«Para el socialismo, las funciones económicas propiamente dichas deben estar socialmente organizadas, pero el consumo debe quedar privado. Al contrario, en el comunismo es la consumación lo común y la producción lo que queda privado. Entre estas dos clases de arreglos sociales existe toda la distancia que media entre ciertas colonias de pólipos y los animales superiores. Entre los pólipos, cada individuo caza por su cuenta a título privado; pero lo que atrapa es vertido en un estómago común; y de esa riqueza común no puede tener parte alguna, es decir, no puede comer sino al mismo tiempo que come toda la sociedad. Al contrario, entre los vertebrados cada órgano está obligado en su funcionamiento a conformarse a la regla que le ponen en armonía con los demás: es el sistema nervioso quien asegura el acuerdo. Pero cada órgano, cada tejido, cada célula, se alimentan aparte libremente, sin ser para esto dependiente de los otros.»

De aquí el hecho de que el socialismo no niega la propiedad individual (2), antes al contrario, él representa «la afirmación más radi-

(1) En ésta, como en toda definición, debe utilizarse la falta de puntuación como garantía de expresión. «En ella no figuran ni la lucha de clases, ni la preocupación de hacer más equitativas las relaciones económicas y, por ende, más favorables a los trabajadores, Y es que tales caracteres no sólo no son todo el socialismo, sino que ni siquiera representan un elemento esencial o *sui generis*» (Durkheim, *ob. cit.*).

(2) Hay que tener presente que la propiedad individual no puede ser totalmente abolida, por ir unida al derecho a la vida (aire, vestido, alimentos, agua que se bebe, etc.).

cal, más completa que jamás de la propiedad individual se haya hecho... Uno de los artículos que más a menudo figuran en las teorías socialistas es la abolición de la herencia (1). Tal reforma tendría por efecto librar a la institución de la propiedad individual de toda amalgama comunista y, por consiguiente, hacerla más verdaderamente ella misma» (2).

Y, efectivamente, para que la propiedad se la pueda llamar individual, hace falta que sea la obra del individuo y del individuo solo. El patrimonio heredado no tiene este carácter: no es más que una obra colectiva apropiada por un individuo. Puede decirse que propiedad individual es la que comienza con el individuo y en él termina (3).

Las tendencias socialistas, pues, dejan subsistir la desigualdad económica al afirmar la propiedad privada de los medios de consumo. El comunismo, por el contrario, mira a realizar esta igualdad mucho más radicalmente que el socialismo, al proclamar la comunidad de la consumación (4).

Por lo tanto, el igualitarismo socialista, negativo, podría formularse: las desigualdades humanas sólo pueden fundarse en el propio mé-

(1) La abolición de la herencia es aspiración socialista (*Manifiesto comunista*, II, 3).

(2) Durkheim, ídem íd.

(3) Con razón, refiriéndose a este carácter conservador del socialismo, decía Angel Ganivet: «Yo soy el más radical de todos los españoles, muchísimo más que los socialistas, puesto que el socialismo es para mí una reforma que modificaría mejorándolo el estado actual, pero sin traernos nada grande y hermoso.» («Deux Lettres inédites», *Revue Hispanique*, tomo I, núm. 118. Carta a don Nicolás María López, fechada en Helsingfors a 29 de agosto de 1896.)

Ganivet, como Durkheim, considera, pues, el socialismo como una mejora de los términos actuales, no una transformación radical. El radical es él —dice—no el socialismo.

(4) El comunismo «quiere distribuir el trabajo según las aptitudes, llegando así a la igualdad del sacrificio y garantizar a cada uno una parte de producto absolutamente igual o proporcionada a las necesidades razonables reconocidas por la autoridad superior. Los sistemas comunistas, enfrentando la igualdad, están en completa oposición con los sistemas socialistas, en el sentido estricto de la palabra, que aspiran a una distribución de productos proporcional a las prestaciones, y por tanto necesariamente desigual.» (Luigi Cossa: *Histoire des Doctrines Economiques*, París, 1899, pág. 517.)

rito, hijo del trabajo y único linaje tolerable. Lo que debe buscarse es que desaparezcan las desigualdades artificiales (1).

El comunismo no afirma, como vulgarmente se cree, la igualdad en el beneficio y el sacrificio. Su concepto de la justicia es muy otro, lo que exige una previa disquisición.

Hay algo en el comunismo que no es producto autóctono, que no es propio de él, ni tampoco de origen político o jurídico, ni platónico, sino religioso, típicamente cristiano, y es el principio de la retribución según las necesidades.

La concepción clásica y tradicional de la justicia que parte de Aristóteles, *Jus suum cuique tribuere*, es mutualista; justicia bilateral, sinalagmática o recíproca. La reacción en Roma contra esta concepción imperante debióse a la influencia del Pretor que, juzgando con arreglo a la *aequitas*, elevó a la categoría de deberes jurídicos algunos deberes positivos o de caridad. La influencia de la moral estoica y cristiana en la formación del derecho pretorio ha sido puesta de relieve por innumerables autores, y gracias a aquélla el derecho romano tomó un carácter universal y sentido humanista. La evolución jurídica transformó el dominio señorial, la *plena potestas* del ciudadano romano en deber y magistratura pública; el *jus benignum, temperantum, la ratio*

(1) La preocupación jerárquica y aristocrática de la vida, creciente desde el Renacimiento, ha traído como reacción un deseo inmoderado de igualdad: unas veces por envidia, como mal reprimido acceso rabioso de impotencia ante la superioridad del selecto—inquisición igualitaria que pretende poner a todo el mundo el mismo uniforme—, y otras por la indignación que produce ver sufrir mientras otros gozan, por ejemplo, el caso de Rousseau: «... es contrario al derecho natural... que un puñado de personas rebose de superfluidades mientras la multitud hambrienta carece de lo necesario» (últimas palabras de su *Discurso acerca de las desigualdades naturales entre los hombres*).

Tanto se puede decir que somos iguales a los demás como que somos diferentes de ellos, pues que en cada uno de nosotros, como en todo ser, coexiste la especie y el individuo. Todo hombre es grande y pequeño a la vez: éste es el verdadero significado de la igualdad y no hay otro. Nuestra más fuerte originalidad reside en nuestros defectos, en nuestros elementos ilógicos y patológicos; precisamente en esta inconmensurabilidad y matiz propio se funda todo proceso de individuación.

El socialismo pretende garantizar a todos los hombres, ya que no la igualdad económica y natural de facultades, las mismas condiciones posibles en la lucha por la vida.

humanitatio sustituye poco a poco al *jus durum*, al *jus summum*, al *jus callidum*, a la *augustissima formula*, a la *summa crux*.

La justicia mutualista vuelve a reproducirse en Kant (retribución absoluta penal, etc.), y sobre esta base kantiana la desenvuelven más tarde Fichte, Feuerbach, Proudhon, Fouillée y Spencer (1), entre otros.

Esta teoría va cediendo, por razones de equidad, a una concepción más humana de la justicia, según la cual la extensión de nuestras obligaciones crece o disminuye en razón directa de nuestros medios o poderes y de la conciencia que tengamos de las mismas. De donde toda superioridad no es título de mayores derechos, sino de mayores deberes y responsabilidades. «Así, el hombre de mayor inteligencia, superior cultura, mejor sentido moral, de más medios de fortuna, más poderoso en cualquier sentido, no puede, apoyado en tales circunstancias, pretender supremacía, prerrogativas, privilegios en su favor, sino que, al contrario, le corresponde una más severa carga de deberes; viene, como Aquél, para servir, no para ser servido» (2).

Este espíritu se encuentra en el Evangelio de San Marcos (3).

La afirmación de que el sér más débil tiene por ser débil más derechos, y viceversa, el fuerte más deberes, supone una inversión de valores con respecto al clásico *struggle for life* y a las teorías naturalistas de la selección y supervivencia de los más aptos (4).

(1) Para Spencer la justicia, tratándose de las relaciones jurídicas entre adultos, es mutualista: a cada cual según sus obras; si el equilibrio se rompe y uno recibe más que lo que da, eso ya no es justicia, sino beneficencia. «El comunismo dice el trabajo, distinto en cantidad y cualidad, debe reportar una misma parte del producto: procedamos a la distribución igual de productos desiguales... Hoy se pide a las instituciones que enriquezcan a la masa a costa de la minoría superior esclarecida.» (*Justice*, LVI.)

(2) Francisco Giner: *La Persona Social*, Madrid, 1899, págs. 406-407.

(3) San Marcos, cap. X, vers. 42 a 45. «Ser grande y sentarse en un trono significa para Jesús servir al prójimo... Sus discípulos deben rechazar todo señorío y hacerse criados de todos los hombres.» (Harnack: *Wesen des Christentums*, lección 6.^a)

(4) Para el espiritualismo, física y ética son dos polos, mientras que para el naturalismo, al interpretar unitaria o matemáticamente el mundo—una de cuyas manifestaciones es el determinismo histórico—, no hay dualidad posible e identifica aquellos dos dominios, considerando el orden real como un orden normativo.

Los seres más débiles, por lo tanto, necesitan una mayor protección, más medios de defensa o de medidas tutelares (correccionalismo penal de Röder, Ahrens, etc.; legislación social en beneficio de los trabajadores), que vienen a cambiar la naturaleza de la obligación civil. «Cada día levántase, frente a la teoría de la retribución según las obras o los merecimientos personales (mutualismo), la de la distribución según las necesidades... Lo que cada uno merece, quiere decir lo que cada uno necesita», identificándose la obligación moral y la jurídica.

Este humanismo trascendental, asimilado por el comunismo, adopta en el orden social el principio de que la justicia consiste en tratar desigualmente lo que es desigual, pero dando más al que menos devuelve, o lo que es lo mismo, que el sano y fuerte debe trabajar en beneficio de sus hermanos los débiles, toda vez que ni esta debilidad o flaqueza es censurable, ni aquella superioridad meritoria; y desde el momento en que los méritos personales no son debidos a nosotros, sino a la naturaleza, surge la igualdad. En este aspecto, el comunismo auténtico es todo lo contrario del individualismo aristocrático (1).

El antimutualismo (2) comunista deshace también el error de la pretensión socialista del derecho al producto íntegro del trabajo, pues que, como la producción es una función social y no puede darse tal trabajo exclusivo, el obrero no tendría entonces derecho a nada.

Este fermento pietista explica el hecho histórico de que todo movimiento comunista ha ido casi siempre unido a una interpretación religiosa de la vida, y que toda heregía religiosa haya tenido su repercusión en lo económico (ebionitas, gnósticos, maniqueos, pelagianos, albigenses, wiclefitas, hussitas, etc.). No se olvide el comunismo evangélico de un Tolstoy (3).

(1) De un Napoleón, Nietzsche, Carlyle, Ibsen, Kholer, Max Stirner, o de un Diego Corrientes, como dice D. Francisco Giner.

(2) Téngase presente que Proudhon, Feuerbach, etc., son considerados como comunistas—impropiamente—y son mutualistas.

(3) «Jesús no ha dictado un programa social destinado a combatir y aniquilar la miseria, entendiéndolo por programa reglas explícitas de conducta e instituciones bien concretas... No vino para abolir el derecho hereditario y nivelar las fortunas, ni para resolver otras muchas cuestiones económicas, que dejó expresamente de lado. A pesar de ello, más de una vez se ha intentado y

¿De dónde viene el egoísmo y la inmoralidad? He ahí lo que se preguntan los comunistas, y la cuestión es eterna. Ya en los socráticos imperfectos, especialmente por los cínicos, fué planteada, y no puede ser planteada sino por pensadores y para ellos solos, pues es carácter del pensamiento filosófico desarrollarse de una manera discontinua (1). Para que la idea comunista se alumbre es menester que se dé un espíritu que sea conducido por sus condiciones nativas y por la naturaleza de los tiempos, a provocar este problema y a resolverlo en sentido ascético.

La idea fundamental del comunismo es que la propiedad privada es el origen del humano (?) egoísmo, y que del egoísmo fluye la inmoralidad: influencia antisocial que se atribuye a la riqueza (Platón).

He aquí otra posición diametralmente opuesta a la socialista, donde, según Angel Ganivet (2), «los únicos móviles del trabajo serían el hambre y el amor» (3).

aun intentan teólogos católicos y protestantes extraer del Evangelio un programa social completo; empresa gratuita y peligrosa, que llega al colmo del absurdo cuando se pretenden rellenar los huecos del Evangelio, echando mano de leyes y programas del Antiguo Testamento... «Ama a tu prójimo como a ti mismo», he aquí el supremo programa social cristiano.» (Harnack, ídem íd.)

(1) Las teorías comunistas, ha hecho notar Durkheim, no aparecen en la historia más que de una manera esporádica. Son siempre manifestaciones aisladas las unas de las otras, separadas a menudo por largos espacios de tiempo. De Platón a Tomás Moro se deslizan diez siglos... De la *Utopía* (1518) a la *Ciudad del Sol* (1623) hay casi un siglo de distancia, y después de Campanella hay que esperar al siglo XVIII para ver renacer el comunismo. En otros términos, el comunismo no enjambrá. Los pensadores que inspira son solitarios, los cuales aparecen a largos trechos sin hacer escuela.

«Muy otra es la manera como el socialismo se ha desarrollado. Desde principios del siglo, las teorías que llevan este nombre se suceden sin interrupción; es una corriente continua, la cual, a pesar de una cierta detención hacia 1850, se hace cada vez más intensa.»

(2) *La Conquista del Reino de Maya*. Madrid, 1911, pág. 215.

(3) El hambre y el amor, según Aristóteles, son los dos resortes del trabajo humano; idea que nuestro Arcipreste de Hita repitió con aquellas palabras de que el hombre trabaja para tener mantención y ayuntamiento con hembra placentera. Ad. Wagner fundaba asimismo en estos dos elementos los móviles de la conducta humana egoísta. Unamuno dice que hambre y amor son

Otro mito socialista es creer puerilmente en un Estado-Providencia que va a darnos la felicidad, el bienestar y la dicha de una manera gratuita, sin trabajo ni esfuerzo por nuestra parte; y esto, sencillamente, es creer en milagros. Por mucho poder taumatúrgico que posea el Estado, jamás podrá crear nada *ex nihilo*. La suma ignorancia hace suponer a muchos que el triunfo del socialismo implicaría para ellos la liberación del trabajo. Pero sólo los niños y los locos ponen su felicidad más allá de donde alcanza su poder.

Además, proclamar la felicidad o bienestar del mayor número o de todos los hombres es otra ilusión; el volumen del bienestar, como el del dolor, simbólicamente es siempre el mismo, y pasa con la felicidad (que es un ave rara que sólo los tontos atrapan) algo parecido a lo que sucede en lógica con la extensión y comprensión de las ideas, que están en razón inversa; cuanto más se extiende el bienestar a mayor número de individuos, menor es la parte que corresponde a cada uno; es decir, lo que se gana en extensión se pierde en intensidad; cuanto más se lamina el plomo menor espesor tiene. O, lo que es lo mismo, cuanto más largo menos hondo, como sucede con las doctrinas panteístas, monistas o deterministas, que al extender la categoría de relación achican la categoría de substancia; o como la vejiga que se infla por falta de presión exterior bajo la campana de la máquina neumática, y gana volumen a costa de aire vital.

El fin de la asociación es el goce según el socialismo, pero protestas se dejan oír en el seno de éste denunciadoras del pauperismo o indigencia de su moral hedonista y utilitaria.

Por último, el socialismo ha tenido la habilidad de recoger todos los elementos pragmáticos tradicionales que, socialmente, han demostrado cierta eficacia práctica a través de la historia, lo que explica su predicamento y difusión en las clases populares. Pero no ha inventado una nueva técnica política o social; ha limitado a adoptar los

equivalentes: el hambre es amor a uno mismo; el amor es el hambre de la especie. (*Amor y Pedagogía.*)

La lucha por la vida y la lucha por las hembras (selección natural y selección sexual) ha sido el soporte del transformismo. Pero también en la Zoología florece el sentimiento de libertad; algunas aves enjauladas cantan a su libertad, y hasta para recobrarla, se rompen la cabeza contra el techo de su prisión, prefiriendo la libertad a la misma vida.

andadores y muletillos viejos con nombres nuevos, para discurrir por los caminos trillados. Y he aquí por qué todas las doctrinas conservadoras son demasiado demócratas.

III.—LA EXPERIENCIA DE RUSIA.

La Revolución rusa de 25 de octubre de 1917 produjo el triunfo del bolchevismo en un pueblo semiorientado que había sufrido todos los despotismos y no contaba en su historia con influjos humanistas.

¿Qué enseñanzas ha aportado la experiencia del impropriamente llamado comunismo ruso? Aparte del comunismo primitivo de que nos hablan multitud de autores—organizaciones cooperativas y comunistas como la *marca* germana, el *mir* ruso, el *clan* irlandés, Creta y Esparta, el *conventículo* hebraico, algunas pequeñas organizaciones de los cristianos primitivos en Palestina, herejías religiosas, reinado de los Incas en el Perú y el dominio de los jesuitas en el Paraguay, aquellas célebres Reducciones de Rodríguez Francia—, el caso de Rusia es el primer ensayo en gran escala del socialismo, que hasta ahora sólo había tenido una existencia teórica o doctrinal.

El bolchevismo fué el marxismo puro sin correcciones ni revisionismos doctrinales, y bajo sus auspicios así comenzó. Incorporáronse al programa soviético los puntos esenciales de la teoría marxista: concepción materialista de la historia, teorías del valor, plus valía, lucha de clases, y se dedujeron sus consecuencias: socialización de los medios de producción y de cambio, trabajo obligatorio, dictadura del proletariado, etc. (1).

(1) Para más detalles, véase el «Programa del partido comunista aprobado, a propuesta de Lenin, en el VIII Congreso del partido celebrado en marzo de 1920», inserto en la obra antecitada *Ideario bolchevista*, cuyos principales extremos refiérense a autonomía provincial y municipal, nacionalización y unificación de bancos (banco popular único), presupuesto del Estado trasunto de toda la economía popular unificada, separación de Iglesia y Estado, expropiaciones de tierras y casas a los antiguos propietarios, protección obrera y previsión social, etc.

Véase también la Constitución política de los Soviets de 10 de julio de 1918, y las obras españolas *La Revolución rusa*, Madrid, 1919, de Q. Saldaña, y *La verdad acerca de Rusia*, de F. de los Ríos Urruti.

La organización política, de que habla poco Marx, ha sido la parte más original elaborada por el bolchevismo. El gobierno de los soviets es la forma—dicen—del gobierno obrero: desaparece la burocracia, se suprime el Parlamento—«charca de ranas a sueldo de la clase dominante»—, y el proletariado dirige por sí sus propios negocios. El sufragio, concebido como derecho más que como deber o función, se extiende a las mujeres, niños, incapaces y hasta los extranjeros; los menores e incapaces votan por representación. A la división electoral geográfica han sucedido las unidades de trabajo, como almacenes y fábricas, sin ninguna consideración territorial, sino de clase. La fábrica se somete a su rama industrial y ésta al interés general de la clase obrera, ley suprema. Desaparecen, de este modo, las tendencias corporativas del sindicalismo, porque no puede haber interés corporativo o de rama industrial en pugna con el interés general del proletariado. Existen Consejos locales de obreros y un Consejo económico popular compuesto de representantes de la clase obrera, Comisariato del pueblo, que vela por estos intereses generales.

Wells, en su libro *Rusia en las tinieblas*, hace ver cómo los soviets triunfaron por una serie de circunstancias favorables, debido a ser el único partido dotado, en el caos ruso, de programa y organización propios, y a pesar del deplorable estado de los servicios públicos reconoce que la obra de los bolcheviques en la reconstitución de su pueblo (deshecho por la guerra exterior e interior) ha sido inmensa, aunque Rusia le ofrece el aspecto de un campo de ruinas.

Mucho se ha escrito sobre el particular, y no es ésta ocasión de entrar en detalles acerca de la crítica que la Rusia soviética ha inspirado a multitud de testigos de vista que han visitado el país y vivido en su ambiente.

Lo cierto es que poco a poco se ha ido evaporando de Rusia el espíritu de Marx, como señalaba Lloyd George.

El bolchevismo evoluciona hacia el mundo occidental y pretende entrar en relaciones mercantiles con el mundo capitalista, signando tratados de comercio con varias naciones. Hoy puede decirse que fuera de la tierra no hay nada socializado en Rusia, a no ser el hambre; Mussolini ha dicho que Rusia hállase convertida en un régimen de pequeña burguesía.

La resistencia del campesino al régimen soviético fué enorme, y de

ella han hablado Lenin, Trotsky, etc. Nacionalizado el suelo, el *mujik* carecía de estímulos personales para cultivar y mejorar una tierra cuyos productos él no iba a recoger íntegramente; esto contraría la manera de ser natural del hombre, que considera la propiedad como recompensa de su trabajo. Postular condiciones contrarias en gentes de poca cultura es desconocer la naturaleza y motivación de los actos humanos, toda vez que sólo contadas personas obran por el imperio del deber de solidaridad y altruísmo hacia los demás. La inmensa mayoría de los humanos trabaja sólo por la recompensa.

El hambre desencadenada en la región del Volga vino a agravar la situación, y socialistas de distintos países pusieron en tela de juicio el bienestar del sistema socialista, dudando de su eficacia; si éste no aumenta la producción respecto del régimen de empresa libre, no se justifica económicamente, como ya indicaba Lasalle, y no aumenta la producción porque no interesa en ella al trabajador.

El despertar de la ilusión socialista fué para muchos el desengaño de una esperanza fallida, especialmente para aquellos que, con cierto mesianismo, esperaban de la organización rusa la milagrería de la felicidad humana sobre la tierra; otros han derivado a una realidad más humilde... y reconocen lealmente el fracaso del ensayo ruso.

El descrédito del bolchevismo ruso ha venido a constituir una propaganda en favor del capitalismo, y hasta hay quien ha registrado la idea de que acaso el socialismo no fué sino el sueño que hizo viable el capitalismo en los pueblos que perdieron la fe en el sueño ideal; de donde, en vez de ser la religión, como decía Marx, el opio del proletariado, quizá haya sido el socialismo el narcótico que ha adormecido a los obreros, impidiéndoles vindicar sus derechos de clase con eficaces armas y prácticos procedimientos.

Hay, sin embargo, que tener presente que si bien el bolchevismo ha puesto al descubierto muchas imperfecciones del programa socialista, sólo son perfectas las ideas y doctrinas cuando no han llegado a encarnar en la realidad. Las ideas, al pasar de la esfera pura a la práctica, sufren una serie de adaptaciones o transacciones con la realidad deformadora, que manchan su pureza originaria y prístina. Y así, las ideas platónicas, que tienen una existencia trasmundana, suprasensible o inefable, son infinitas y perfectas; pero cuando se concretan en la realidad, se manchan con la materia de que se revisten, que es un

elemento impuro, negativo, de corrupción, sombra y muerte, que enturbia la expresión de la idea inmaculada. ¿Acaso ésta es la significación del pecado originario que nos hace culpables, por el solo hecho de nacer, toda vez que en nuestra *naturaleza manchada*, o en nuestra soberbia, como otros quieren, se halla la raíz de las humanas debilidades y flaquezas? Todo lo que nace tiene pecado original, es imperfecto y muere. Y lo mismo, toda doctrina que triunfa tiene mancha originaria: el éxito es ya expiación.

Por eso el valor de toda doctrina y su fuerza ideal reside en no llegar nunca, porque todo lo que llega y madura se pasa y muere. El valor del ideal consiste en ser ideal siempre: en ser un método, un camino sin meta o estación de destino.

Anteriormente, al tratar del comunismo y socialismo, he tenido ya la ocasión de esbozar otros problemas que suscita el régimen soviético ruso.

IV.—NEOCOMUNISMO Y NEOSOCIALISMO.

Después de lo que antecede y queda dicho, debía terminar aquí mi discurso, si a ello no se opusiere una exigencia mental de simetría.

Quizá no pueda hablarse en propiedad de *neocomunismo*, toda vez que la doctrina comunista, fundada en un sistema de moral abstracta, no es aplicable a ningún pueblo ni tiempo; se halla fuera de éste y, en consecuencia, es siempre nueva y siempre vieja; pero la conciencia que del comunismo tenemos hoy es mayor que la de nuestros antecesores; mayor incluso que la de Platón. La *República* platoniana será un manantial inmenso e inextinguible que hablará a cada generación como ella quiera que le hable, pero siempre superando y potenciando la conciencia del ideal social humano.

Nada hay más nuevo que lo viejo, se ha dicho; y si yo he podido en las precedentes líneas dar siquiera una vaga idea de las exigencias ideales del comunismo utópico, ello colmara mis modestas pretensiones.

No sucede así con el socialismo, que por tener una realidad concreta se perfeccionará constantemente a tenor de la experiencia vital; cada época cristalizará el socialismo posible o histórico de aquel entonces.

Después de la dura prueba por la que él ha pasado en Rusia, si el socialismo quiere triunfar y ser viable tendrá necesariamente que limpiarse de algunas lacras constitucionales y arrojar de sí bastantes elementos caducos y morbosos que, desde otro punto de vista, son indiferentes a la justicia de su causa. Tiene que purgarse de su pobre moral hedonista, de su elemento autoritario y conservador; tiene, sobre todo, que destruir su falsa concepción materialista de la historia, donde los hombres se mueven solamente al impulso del «lúgubre fatalismo económico»; tiene que elevar y dignificar esa misma conciencia humana, ser más celoso por la libertad que por la igualdad, conceder a la inteligencia el rango y primacía que se le debe...

El socialismo no se ha preocupado gran cosa de intensificar la conciencia y cultura del individuo para la socialización que proclama, y esta su penuria humanista se ha puesto de relieve en la quiebra rusa.

Sobre todo, ésta significa la bancarrota de la filosofía que ha servido de base al socialismo mal llamado científico: la concepción materialista de la historia o determinismo económico (1).

Aquella concepción mecánica o antiespiritual de la historia, explicada por el engranaje causal gastroeconómico y desprendida del monismo hegeliano y del tipo abstracto del *homo aeconomicus*, debe ceder el paso a una concepción espiritual y humana de esa misma historia.

La historia no es simple evolución, sino creación de nuevos valores; es progreso, revolución. El sentido revolucionario es el verdadero sentido ético e histórico, civil. Y no hay otro problema histórico que el de *ser o no ser*.

La historia va siendo más cada día una comunidad espiritual. Y no es la causa, sino el fin, y el fin valorado libremente, el que mueve a los hombres en la historia.

(1) La índole propia de este discurso tampoco me permite tratar detenidamente el problema del materialismo o determinismo histórico; el autor de estas líneas tiene el proyecto de publicar en breve un libro acerca de esta importantísima cuestión.

Consúltese Karl Marx: *Zur Kritik der Politischen Oeconomie*, vol. vi, y *Das Kapital*, tomo 1, pág. 6 y sig.; Anselmo Feuerbach: *Wesen des Christentums*; Bernstein: *Die Voraussetzungen des Socialismus und die Aufgaben der Socialdemokratie*, 1899, pág. 6; Rudolph Stammler: *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung*, 1893.

La pasión y la fe en la libertad crean la historia; el estómago sólo ha creado una cosa: la estrategia para vencer en el combate de la vida.

Hay que volver al dualismo ubérrimo y arquetipo de física y ética, portador de los mejores mensajes: al dualismo socrático de la *ironía* y vida, al platónico de mundo *ideal* y *fenoménico*, al cristiano de *bien* y *Mammona*, al cartesiano de *espíritu* y *extensión*, al de Kant, Goethe, Hermann Cohen...

En la naturaleza no hay ética; la naturaleza es antihistórica; ¿dónde la ética del movimiento sideral, de la condensación de la nebulosa, de la evolución orgánica, de los efectos destructores del rayo o de los salvamento de viajeros que en las nieves del Mont-Blanc realizan los perros de San Bernardo?

¿Y cómo la materia puede sojuzgar a la misma materia?

No hay tampoco estructura social sin acción de minorías selectas.

Por otra parte, en nada se menoscabaría el programa económico socialista y la justicia de su causa si en vez de admitir predicha concepción materialista, partiese de una interpretación espiritual de aquella, cuyo proceso, sin fin, fuera el llegar cada día a una humanidad más justa, más noble y feliz.

Hay que tener el sentimiento de autocausalidad y responsabilidad de nuestros actos, que es la posición estética por excelencia ante el mundo.

Ya Korolenko no concebía el socialismo sin ideal, ni una ética sobre la conciencia de intereses materiales mutuos.

Volvamos al dualismo:

«Le charme du voyage est celui du retour?» (1).

Pero el encanto de este viaje está en ser un regreso progresivo.

La pasada guerra ha producido una modificación profunda en el régimen tradicional económico, y si bien ha fracasado el programa del extremismo revolucionario, tampoco podemos mantener ya el antiguo legitimismo propietario basado en la concepción romana del dominio ilimitado e incivil. La *cupiditas*, los derechos de propiedad, no pueden permanecer sobre los de humanidad. La propiedad se socializa cada

(1) Verso de Sully-Prudhomme.

vez más, convirtiéndose en deber y función social, único título de su legitimación.

En casi todos los pueblos nótanse los efectos de esta nueva idea de la propiedad en armonía con las exigencias de los tiempos: trabajo militar obligatorio. (1), que viene a sustituir el tributo de sangre por el de trabajo; impuestos progresivos que absorben más de la mitad de las rentas, expropiación de latifundios, reparto de tierras, nacionalización de servicios públicos, etc., etc., que vienen a representar una discriminación entre los extremos viciosos del individualismo y el socialismo.

Como ya hacía notar Schaeffle (2), hay una realización práctica del socialismo por el aumento progresivo de los servicios públicos, de donde todo Estado puede decirse que es socialista.

La política obrera—decía el Manifiesto del laborismo inglés en las elecciones celebradas el pasado noviembre—consiste en llegar a una distribución más equitativa de la riqueza nacional por medios constitucionales.

La *lucha de clases*, tal como la concebía Marx, va siendo sustituida por la llamada *asociación de clases*, donde capital y trabajo, conscientes de sus derechos y deberes recíprocos y de las funciones, por hoy insustituibles, de uno y otro en la producción económica, abandonan sus posiciones de intolerancia e incompresión, dando a los problemas sociales un cauce de legalidad y oponiendo a aquella concepción bélica y catastrófica soluciones jurídicas (3).

Esta nueva tendencia adopta múltiples y variadas modalidades, traducidas en lo que se denomina Legislación social del Trabajo o Derecho obrero (4). La idea de Weber de asegurar al obrero una renta

(1) Ley búlgara de 22 de octubre de 1921.

(2) *Die Quintessenz des Socialismus*, 13.^a edición, 1891

(3) El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels (III-2), que proclama abiertamente la lucha de clases, es opuesto a toda transacción entre el capital y el trabajo, y moteja despectivamente a esta tendencia armonizadora de *socialismo burgués o conservador*.

(4) Es indudable que el trabajo es el único factor activo de la producción económica, a diferencia de la naturaleza y el capital, que son meros factores subordinados y no coordinados a aquél. El capital no es un factor primordial u originario de la producción, sino un resultado o producto del trabajo organi-

de hombre análoga a la renta rentada, consolidada o fundada del capitalista, tiene ya una consagración legal en los seguros sociales de accidentes del trabajo, de vejez, de invalidez, de enfermedad, de paro forzoso, de maternidad y de supervivencia; la fijación de la renta máxima y el salario mínimo; el accionariado obrero; la intervención obrera en la gestión industrial, comercial y financiera de las empresas en el llamado control obrero, y la consiguiente representación en los Con-

zados. Y, no obstante, el capitalismo dirige y domina hoy al trabajo y, en general, toda la producción. He aquí un ejemplo en que el poder constituido (capitalismo) ha negado de hecho al poder constituyente (trabajo). Estamos en presencia del caso típico, según Rousseau (*Contrat Social*, III-17), de usurpación de la soberanía.

Todo poder constituido tiende a negar de hecho al poder constituyente, como hace notar Bagehot (nota de Francisco Bernis: *Economía política*, Barcelona, *El comerciante moderno*, tomo II, pág. 736); pero si bien se considera, la supremacía históricopolíticosocial del capitalismo sobre el trabajo es un problema psicológico. El capitalismo, hasta ahora, ha tenido más conciencia histórica de su función que el trabajo, y esa superior conciencia, que es voluntad y poder, ha determinado su preponderancia, dando lugar a esa inversión de valores. El socialismo debe aspirar a que el trabajador adquiriera cada día mayor personalidad, superior conciencia, y con ella vindicará fácilmente el puesto que por naturaleza le corresponde en la producción y estimación económicosocial. Conforme el proletariado ha ido recobrando conciencia de sus derechos, ha luchado por ellos, arrancando al Estado determinadas concesiones, cuyo conjunto constituye la legislación social del trabajo. Y es indudable que el día que esta autoconciencia proletaria fuere un hecho, el poder constituyente (trabajo) se sobrepondría al poder constituido (capitalismo).

Sería una posición demasiado simple y unilateral la que pretendiese explicar por relaciones puramente mecánicas o naturales el complejo problema de las relaciones de dependencia o de dominación, base política de las relaciones sociales. El hecho histórico de que minorías hayan dominado durante siglos a mayorías es de otra naturaleza. El derecho, en contra de lo que quieren los socialistas, no puede decirse que sea formulado autoritariamente por una clase dominante. La fuerza del derecho, como hace notar Jellinek, no es fuerza física, sino espiritual. (Sobre la conciencia del derecho como factor creador del derecho, véase Berghbohm: *Jurisprudenz und Rechtsphilosophie*, 1892, págs. 454 y sig.; R. Stammler: *Lehre von richtigen Rechte*, y en general el problema de *lege ferenda*.)

Toda fuerza individual o de clase puede encontrar en el derecho vigente una limitación, pero no una dirección, pues siempre la cultura, la astucia y las estratagemas habilidosas, burlan las más previsoras prescripciones jurídicas.

sejos administrativos; la participación de beneficios; la adjudicación de la *plus valía* a los trabajadores según formula el economista Bela Földes; las escalas movibles de salarios, etc., etc., son soluciones, unas ya instauradas y otras en proyecto, que realizan las aspiraciones de la justicia en el reparto, y son los gestos primigenios de la nueva era que se abre como una visión prometidora de la ciudad que habrá de sucedernos.

El sindicalismo, en sus diversas formas, puede servir para intensificar la producción y elevar el nivel cultural del obrero; el sindicato puede ser así un órgano pedagógico y reeducador, una escuela de cooperación y de altruísmo, de solidaridad y adquisición de la conciencia ética del valor del trabajo, y, al mismo tiempo, elemento de transición para pasar del individualismo egoísta e inhumano al colectivismo, y quizá algún día, si ello es posible, al comunismo integral, sin saltos peligrosos que sólo producen innovaciones inestables.

El movimiento guildista inglés, extendido ya a varias naciones, especialmente a Alemania, está llamado a producir óptimos frutos.

El sindicalismo internacional, controlador de primeras materias, que distribuiría según las necesidades de cada nación, tal como propone Walter Rathenau en su proyecto de una *Nueva organización económica*, evitaría el renacimiento de cualquier pujo imperialista en el orden exterior; en el interior, el remedio, y a la vez garantía de la libertad del ciudadano, sería la descentralización de servicios y el sindicalismo funcionarista (problemas importantísimos en el derecho administrativo moderno).

La ciencia, la economía política y el derecho internacionalizado son manifestaciones humanistas que servirán de base al nuevo edificio social.

Parece ser que a la época de masas sucederá una época de *élite*, y que en virtud del aristocratismo nietzscheano, hoy imperante, el socialismo precisará de una aristocracia funcional que estructure la sociedad y corrija la plebez del sistema.

En cuanto al hedonismo, como siempre resultará que la felicidad no está en la posesión de las cosas, sino en los valores o ideas que de ellas tengamos; el papel de la cultura es aquí decisivo.

Los problemas sociales son problemas morales del individuo, son problemas de psicoterapia; esperar, pues, que la reforma humana pro-

venga de las condiciones sociales, es invertir la relación de medio a fin, aparte de que el contenido de esta creencia, no sólo es falso, sino corruptor, por fomentar el mesianismo estúpido de que una nueva organización social va a producir, por misteriosas artes de milagrería, un cambio en la condición humana. La reformación interior del hombre es lo que interesa.

El neosocialismo, lejos de ser enemigo de la individualidad, será el que la haga posible, aprovechándose la sociedad de todos los valores personales y reales en su máximo rendimiento.

Tampoco apelará a la dictadura terrorífica para mantener sus prescripciones, porque sabe que el espíritu de proselitismo es ya una impotencia insinceramente reconocida y escepticismo mal encubierto acerca del poder *per se* de la verdad, puesto que se duda que ella pueda persuadir por sí misma; antes al contrario, comprende que la mejor manera de avalorarla es dejarla libre al arbitrio para reconocerla como tal. Sólo así la verdad será libertad y, viceversa, la libertad verdad.

Quizá el carácter esencial del alma europea sea el sentimiento de libertad personal.

No sé dónde leí un proverbio persa, que dice, si mal no recuerdo, que la gota de agua más pequeña e insignificante, unida al Océano, no se seca... ¡Es verdad!, pero desde el punto de vista oriental; no se seca porque la gota, unida al Océano, deja de ser ella al difundirse en el todo, se muere, podría decirse, y lo muerto es inmortal. También nosotros nos difundiremos en el todo después de muertos y seremos inmortales en virtud de la ley de la conservación de la energía; pero no es ésa la inmortalidad que anhelamos, sino la substancial, la de la conciencia. El problema occidental consiste en que la gota de agua, sin secarse, no pierda su individualidad.

Esta libertad no será la proclamada por el individualismo clásico o liberal; será una libertad corporativa, gremial o de segundo grado; pero todo es cuestión de nombres, pues de lo que se trata, en el fondo, es de garantizar la otra, la individual y de bulto (1).

(1) Mucho se ha escrito contra el liberalismo clásico manchesteriano e individualista, a mi parecer injustamente. Aquel liberalismo no ha realizado las infinitas posibilidades de que era bizarro y gracioso mensajero por culpa de la imperfección humana, como sucede siempre. El descrédito de éste vino precisamente por ser muy superior a la condición humana de aquel entonces.

El sentimiento de libertad personal es una adquisición definitiva, y vivirá lo que los hombres, como una eterna promesa de gracia; constituye la esencia ética de la persona, y ella sobrenada a todos los naufragios sociales y políticos; es el problema primordial y actual, siempre planteado, jamás pasado de moda.

Por otra parte, a diferencia del poder, espectacular y vanidoso, la libertad sólo proporciona satisfacciones íntimas y heroicas. Porque héroe es el que se cree libre..., ¡ni más ni menos!, y es libre aunque no lo sea. Por ella tenemos que pagar un oneroso precio a cambio de elevarnos un palmo sobre la animalidad.

«¿Para qué la libertad?» ¡Para qué...! Para ser persona y no cosa, fin y no medio, ciudadano y no esclavo.

«La libertad transforma la oruga en mariposa» (1).

El materialismo histórico no se preocupó de la voluntad humana, y, sin embargo, esa voluntad humana, la voluntad de los campesinos, ha sido la que ha malogrado la revolución rusa, de la cual pueden extraerse muy provechosas enseñanzas para el porvenir.

Y todos los que anhelamos una organización social más justa, más humana, más ponderadora del inmenso valor del hombre; los que estimamos, como Protágoras, que el hombre es la medida de la verdad, y que el valor del individuo es más universal que el del pueblo; los que creemos en la libertad, comprendemos que el socialismo, después del doloroso ensayo de Rusia, tendrá que orientarse en un sentido humanista, o perderá toda su eficacia teórica y práctica.

La ejemplar enseñanza de Rusia será utilísima para depurar procedimientos y cimentar el nuevo socialismo sobre otras bases: este neosocialismo o socialismo humanista será, sin duda de ningún género, menos hedonista y materialista, menos tecnicista y autoritario, y, al revés, más individualista, más humanista, más psicológico, más ético, más ideal, más civil, más henchido de emoción estética e histórica.

El neosocialismo, para obtener la eficacia deseada, no podrá eludir la importantísima y urgente cuestión moral del trabajo, desarrollando

(1) Ibsen: *La Comedia del Amor*. Falk. Acto III.

en el alma del proletariado la conciencia de los deberes de solidaridad humana, especie de imperativo moral de sacrificio en aras de los demás.

Sólo así se cumplirá aquel salmo que dice: «Florecerá en sus días justicia y muchedumbre de paz», realizándose el pensamiento, de tan antiguo acariciado, de la sociedad futura, sobre bases de humanidad y justicia, trabajo y cooperación.

Lo esencial y decisivo aquí, como en todos los órdenes, está en la dramática expectación del porvenir.

V.—FINAL.

Hay que ser como «el molino que trabaja jugando sus aspas».

No es posible una concepción unilateral de la vida; sólo hay vida plena y digna de vivirse cuando se realizan los dos objetivos: el pan y la libertad.

El molino de viento es el símbolo más perfecto del ideal humano universal. ¿Quién sería aquel hombre anónimo, loco o brujo, que no logró vincular su nombre a la historia con la invención de tan maravillosa máquina que trabaja y juega moviendo sus aspas, no con la regularidad mecánica del molino de agua, sino con la versatilidad del viento, tan parecida a la versatilidad humana creadora de la historia y la libertad?

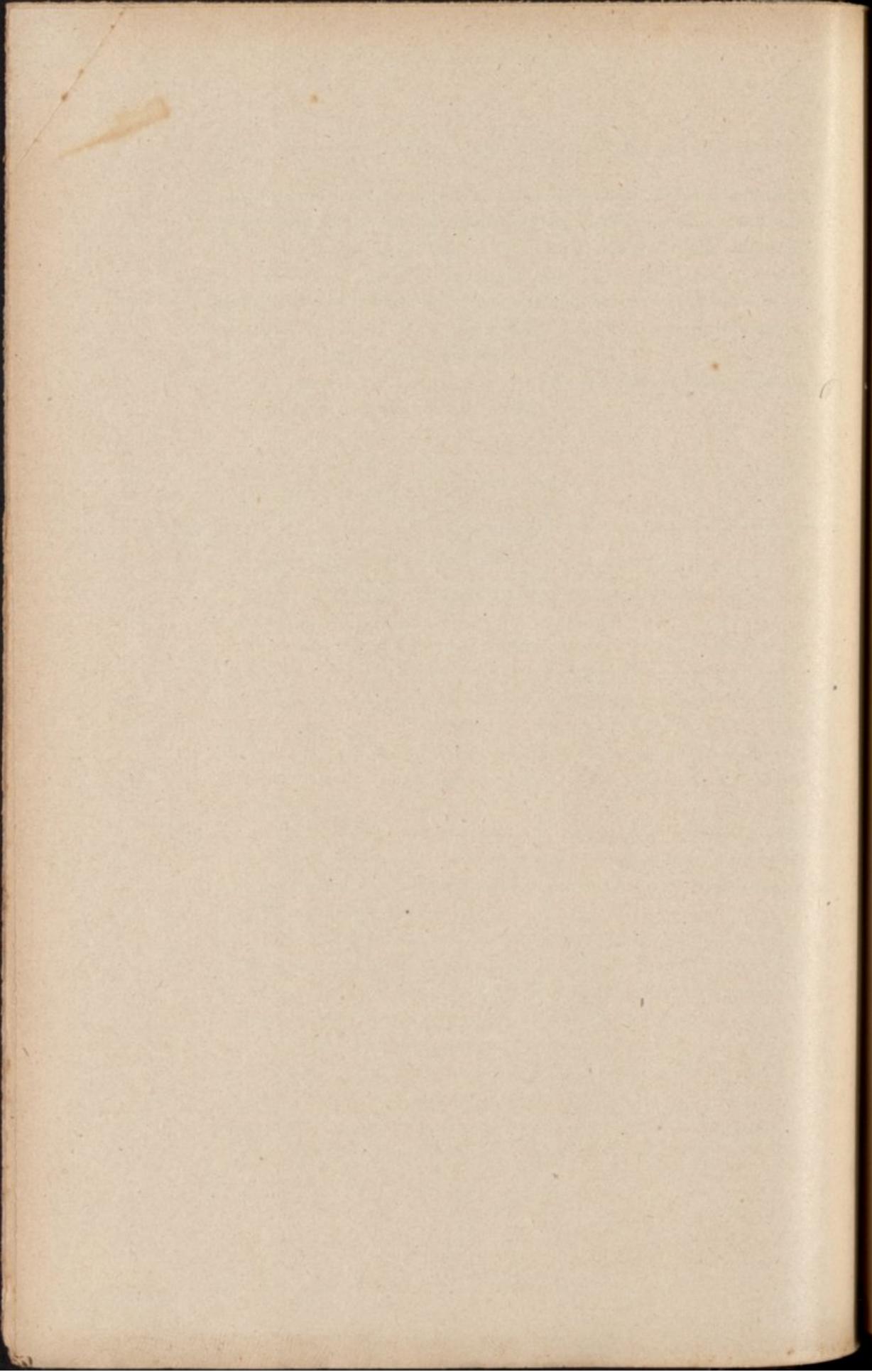
El molino de viento es la más bella conjunción económica y estética de la vida, pues al mismo tiempo que moltura el grano de que ha de salir el pan, sus aspas tejen en el aire un poema de fantasía, que es también pan del espíritu.

Sería interesantísimo un estudio acerca del papel que en la creación artística humana ha jugado el molino de viento. Nuestro Señor Don Quijote corrió con ellos una de sus más graciosas aventuras, tomándolos por gigantes fraguadores de maleficios, y en los cuentos de los niños son siempre protagonistas principales. ¡Esos molinos silenciosos que, a la última campanada de las doce de la noche, descubren el misterioso secreto que encierran en su seno, haciendo surgir duendes, diablillos y gnomos de rojas caperuzas y graciosas cabriolas, o ya hadas con su influjo bienhechor y sobrenatural..., para desvanecer-

se esta escena de encantamiento con los primeros rayos del sol naciente, en que el molino vuelve a reanudar su trabajo, moviendo sus aspas, llenándose de los ruidos y trepidaciones de su afanosa trituración...!

Hay que ser como el molino de viento, que trabaja y sueña, transforma y crea.

Salamanca, 30 de mayo de 1923.



Sección 6.^a

CIENCIAS FILOSÓFICAS, HISTÓRICAS Y FILOLÓGICAS

DISCURSO INAUGURAL

POR

J. M. DE QUEIROZ VELLOSO

PROFESSOR DA UNIVERSIDADE DE LISBOA
DIRECTOR GERAL DO ENSINO SUPERIOR

O Arquivo geral de Simancas.

Sua importancia capital para a historia portugêsa.

Simancas, que teve na idade Media e ainda mantem a categoria official de *villa*, não conta hoje sequer trezentos fogos, com menos de mil e duzentos habitantes. A dez quilometros de Valhadolid, na margem direita do Pisuerga, que vai mais abaixo confundir-se com as aguas do Douro, Simancas está situada na saliencia dum outeiro, pequeno montão de casas côr de barro, apinhadas entre o rio e o castelo, que inteiramente as domina e protege. De longe, só destaca a igreja, com a sua torre reconstruida nos fins do seculo xvi; por dentro, ainda a vila é mais insignificante, mais triste, com os seus muros de adôbe, as suas ruélas pulverulentas e um ou outro casarão decrépito, em que por vezes destaca o florido brazão dos seus primitivos possuidores. Ha, porém, um diminuto largo, a cavaleiro do rio, sôbre um pano da velha cêrca amuralhada, onde a tradição coloca o demolido palacio de D. João II de Castela, que é uma verdadeira janela rasgada para um vasto panorama animado e risonho. A linda ponte de dezasete arcos, no *camino viejo* de Valhadolid a Tordesilhas; a sinuosa linha dos açudes, arrendados de espuma nevada; á esquerda, uma densa mata de pinheiros mansos, num tom de peréne verdura; á direita, campos cultivados, veigas feracissimas, até á confluencia do Pisuerga e do Douro: todo este variado e gracioso conjunto forma um violento contraste com as

áridas colinas do norte, as desoladas terras do Páramo, despidas de arvores, manchadas de nódoas alvacentas, êrmas, monótonas, ardentes no verão, batidas nó inverno dos ventos glaciais da mesêta castelhana.

Simancas tem uma larga historia. No segundo quartel do século x, já o seu nome se encontra ligado a uma das mais sangrentas batalhas da Reconquista, entre Abderrahaman III e Ramiro II de Leão. Desta vila, em 1427, saiu desterrado para quinze leguas da côrte o célebre valido de D. João II, o condestavel D. Alvaro de Luna. Aqui se realizou, nos fins de 1465, uma grotesca cerimonia, inofensiva paródia de outro espectáculo mais trágico, sendo julgado e queimado, em effigie, o turbulento arcebispo de Toledo, D. Alfonso Carrillo, um dos magnates de Castela, que mêses antes, num tablado erguido ás portas de Ávila, tivera parte principal na afrontosa solenidade em que o impotente Henrique IV fôra, tambem em estátua, despojado de todos os atributos e insignias da realza, e declarado deposto do reino, em favor de seu irmão, o joven principe D. Alfonso. Entre os seus muros viveu algum tempo, entregue aos cuidados de Pedro Núñez de Guzmán, clavário da Ordem de Calatrava, o infante D. Fernando, neto dos Reis Catolicos e sucessor de Carlos V no império da Alemanha. Durante a guerra civil das *Comunidades*, á sua favoravel situação entre Valhadolid e Zamora, qual um espinho cravado no flanco dos insurrectos, deveu Simancas o importante papel que desempenhou na vitoria das tropas reais; e na sua praça foi até decapitado um dos principais caudilhos da insurreição, D. Pedro Maldonado Pimentel, regedor da Salamanca, como tantos outros desses bravos campioes das libertades de Castela, mártir do implacavel rigor dum principe moço e estrangeiro, ansioso por concentrar nas suas mãos o poder absoluto dos Césares antigos. Pois os panegiristas ergueram depois até ás nuvens a clemencia de Carlos V, no generoso castigo dos *comuneros* vencidos!

Tambem com a historia portugûesa se enlaça o nome de Simancas. Quando D. Denis de Portugal foi envolvido nas lutas civis de Castela, abertas pelo falecimento de Sancho o Bravo, e que tão agitada e angustiosa tornaram a menoridade de Fernando IV, as tropas portugûesas transpuzeram a fronteira, em fins de setembro de 1296, avançando por Ciudad Rodrigo e Salamanca sôbre Valhadolid, onde então se encontravam a energica rainha viúva, D.^a Maria de Molina, e seu filho, criança de dez anos. Mas a entrada do inverno, a desistencia de alguns